

FIDEL ARANEDA BRAVO

DON SAMUEL A. LILLO Y EL
ATENEO DE SANTIAGO

Cuando don Samuel A. Lillo llegó a Santiago en marzo de 1889, comenzaban a levantarse en la capital los primeros vientos de la fronda aristocrática que, dos años después, derribó al Presidente don José Manuel Balmaceda y al régimen portaliano de gobierno.

La pugna de los partidos y los afanes revolucionarios echaron por tierra el movimiento literario iniciado en 1886, en la redacción del diario "La Epoca", donde se juntaban Pedro Balmaceda Toro, Manuel Rodríguez Mendoza, Luis Orrego Luco y otros menos célebres. La llegada de Rubén Darío ese mismo año, vino a dar impulso al movimiento iniciado; el Certamen Varela (1887), cuyo principal animador fue el septuagenario maestro José Victorino Lastarria, estimuló el ambiente intelectual de aquellos días.

Don Samuel había nacido en Lota el 13 de febrero de 1870. A los seis años partió a Lebu con sus padres y hermanos; allí, mientras don José Nazario Lillo trabajaba en el establecimiento minero de don Maximiano Errázuriz, doña Carmen Figueroa preocupábase de enseñar las primeras letras a sus hijos. El futuro poeta y escritor gustaba de la lectura y recitación, entretenimientos que alternaba con el dibujo y los ejercicios piadosos; se levantaba de madrugada para acolitarse la misa al capellán del hospital y frecuentemente se ofrecía para ir con el sacerdote y ayudarlo en la administración de los últimos sacramentos. La lectura del Sermón de la Montaña le causó grande admiración y enfervorizó tanto su espíritu que el capellán ofrecióle beca en el Seminario, pero su padre no la aceptó. Estos arrebatos religiosos terminaron, muy a pesar suyo, por orden de don José Nazario, a raíz de un fuerte resfrío adquirido después de quedar "hecho una sopa" en un fuerte temporal, mientras acompañaba al capellán durante una de esas largas peregrinaciones.

Volvió a Lota en 1880 y allí ingresó en la escuela superior. A semejanza de casi todos los niños de su edad era inquieto, miedoso, desordenado y padecía crisis de llanto, pero sus padres le educaron con firmeza y a los 15 años ya había corregido éste y otros defectos.

Entonces, según propia confesión, conoció a los araucanos y se interesó tanto por ellos que en su juventud llegaría a ser el primer cantor de esa raza.

Leyó asiduamente los cuentos de Andersen y, como desde niño era muy paciente, deleitábase con los románticos; se hizo discípulo de Espronceda, Zorrilla y Lamartine. Grande interés despertaron en él las estrellas, su madre le enseñó a conocerlas; miraba extasiado "Las Cabrillas", "Sirio" y "La Cruz del Sur".

Llamábanle igualmente la atención los militares, pero como dice en sus Memorias, su temperamento sentimental y romántico "no se avenía con la violencia y, si más tarde —confiesa— canté las hazañas de los hombres de guerra, fue sólo en defensa y dignificación del sentimiento patrio que iba a llenar gran parte de mi vida" (*).

"La Oración por Todos", de Víctor Hugo, traducida por don Andrés Bello, prodújole grande emoción, olvidó a todos los demás poetas, la aprendió de memoria y, el 18 de septiembre de 1880, recitó íntegro el poema en el tablado de la plaza mayor.

A los once años se aficionó a escribir novelas; obtuvo premio por la única que hizo. Me puse "petulante", declara él mismo, luego del desengaño, "volví a los poetas".

El futuro cantor de Arauco contemplaba los mares y las montañas de su tierra; observó a los indios y "presenció los abusos y despojos de los ricos terratenientes que, por un vaso de alcohol o una falsa promesa halagadora, arrebatában al mapuche inocente y confiado, sus tierras y sus rebaños". Presenció aterrado el último estallido bélico de la raza indómita.

En 1882 fundóse el Liceo de Lebu y al año siguiente entró en el primer año de humanidades. Entonces leyó el *Quijote*, *Gil Blas*, *Los Girondinos*, y las primeras novelas de Alberto Blest Gana: *El Ideal de un Calavera* y *Martín Rivas*. Sin embargo, el libro que más influyó en él, fue *Rasgos biográficos de niños célebres*, de don José Bernardo Suárez; esas sencillas páginas despertaron en el estudiante primario el deseo de ser útil en la vida.

El padre regresó de nuevo a Lota y desde allí trasladóse Samuel en Diligencias a Concepción, en mayo de 1885, para cursar, en el liceo de la capital sureña, el tercer año de humanidades.

Las aficiones literarias del muchacho le llevaron de inmediato a

incorporarse en la Academia que estaba dividida en dos categorías: "Líricos" y "épicos"; "románticos" y "sentimentales"; el nuevo académico era una mezcla de ambas tendencias. Inspirado en los libros de Julio Bañados Espinosa y Liborio Brieba escribió un canto lírico-épico a Rancagua y en seguida otro dedicado a la mujer, leído en la primera sesión solemne de la corporación.

En los años siguientes hizo los últimos cursos de humanidades; fue brillante alumno de las disciplinas humanísticas que en aquel tiempo hacían honor a su nombre; las matemáticas le repugnaron desde niño.

Conoció entonces la teoría de "Laplace", sobre la formación del sistema solar, y tanto le gustó que escribió el poema épico "La Creación", el sistema solar en verso. Leído en sesión solemne de la Academia liceana, tuvo el honor de ser publicado en "El Sur" de Concepción; sin embargo, como la teoría era demasiado científica, los envidiosos le recomendaron más modestia; el poema no tenía nada de extraordinario, pero lo admirable es que el muchacho encontraba resistencia entre los rancios literatos de su tiempo porque no escribía versos de amor, como los de la mayoría de sus contemporáneos; se habían escrito tantos y tan malos; don Samuel deseaba salir de lo común, prefería el poema objetivo. En los comienzos de su carrera poética pagó tributo al romanticismo como todos los escritores de su generación: en 1887 apareció su poesía "Visión" en un periódico de la tierra nativa y la noche antes de su publicación no durmió de nervioso.

Terminadas las humanidades, viajó a Santiago y rindió la prueba de bachillerato.



Don Samuel se trasladó a la capital de la República en marzo de 1889; un mes antes de su llegada, había abandonado la ciudad del Mapocho Rubén Darío, innovador de la poesía hispanoamericana y amigo íntimo de Pedro Balmaceda Toro, hijo del sacrificado Presidente de Chile, agudo espíritu crítico, fino estilista, dueño de una gran cultura y extraordinario talento, muerto en junio del mismo año. En 1888 fallecieron Miguel Luis Amunátegui Aldunate y José Victorino Lastarria, los dos más diligentes animadores de las letras nacionales en aquellos días.

Naturalmente Lillo fue aprobado en el bachillerato y se incorporó en el curso de Derecho de la Universidad del Estado donde encontró a muchos de los compañeros que más tarde ocuparían altas situacio-

nes en la política y en la magistratura; aunque carentes, en general, de dotes literarias creadoras, no faltaban los aficionados a las letras, quienes fueron, medio siglo más tarde, colegas suyos en la Academia de la Lengua. En los mismos bancos de la Escuela de Leyes se sentaban: Arturo Alessandri Palma, dos veces Presidente de la República y la mayor figura política hispanoamericana de nuestro siglo; Roberto Peragallo Silva, magistrado de la Corte Suprema, de probidad indiscutida y escritor clásico; Armando Quezada Acharán, connotado político radical, estadista y diplomático, y Luis Varas Herrera, hijo del Ministro de Manuel Montt, quien rechazó un empleo en la prorectoría de la Universidad de Chile e influyó a fin de que se lo dieran a Lillo, a la razón el alumno más aventajado del primer año.

Entre los profesores del curso, don Samuel recordaba siempre a los de Derecho Civil, don José Clemente Fabres y don Leopoldo Urrutia; don José Antonio Lira Argomedo, de Filosofía del Derecho; don Cosme Campillo y don Francisco Fabres, de Derecho Romano; con Campillo, que era de una tozudez insolente, tuvo el alumno su-reño una agria disputa sobre cuestiones gramaticales, en las cuales el joven, excelente profesor de Castellano en Concepción, tenía razón.

Ya el muchacho provinciano estaba empleado y podía costearse sus estudios. Empero la preocupación principal no era el bachillerato ni la carrera forense, sino la entrada en el Ateneo de Santiago. "Ansiaba conocer de cerca esta institución —declara él— que allá en el rincón de mi provincia austral, se me figuraba un altísimo cenáculo donde sólo podían officiar los pontífices del arte".

El antiguo Ateneo sesionaba en los altos del Banco Agrícola, en la calle de Huérfanos y dependía del "Club del Progreso", cuya sede estaba en ese local.

Lillo ingresó apadrinado por el director don Elías de la Cruz, para quien obtuvo una tarjeta de presentación de un compañero chilla-nejo. El Ateneo fue creado en 1888 y debía su existencia al entusiasmo del filántropo don Benjamín Dávila Larraín; entre sus miembros contábanse muchos señorones y también algunos escritores, como Enrique Nercaseaux y Morán, secretario general, reconocido por su majadero arcaísmo; Ricardo Montaner Bello, prosecretario, historiador e internacionalista concienzudo; Alfredo Irrarrázaval Zañartu, poeta festivo y, al correr de los años, parlamentario temible y diplomático sagaz; José Toribio Medina, el más laborioso y paciente de nuestros investigadores; Carlos Luis Hübner, el de las famosas charlas; Luis Arrieta Cañas, crítico de música y sociólogo liberalizante; Daniel Barros Grez, que cultivó la novela picaresca y cuyas conferencias abu-

rrían a los auditorios más pacientes; cuando él hablaba el público huía del salón de sesiones; Luis Rodríguez Velasco y Narciso Tondreau, poetas románticos; Eduardo de la Barra, filólogo y traductor erudito y Julio Vicuña Cifuentes, poeta moderno y humanista.

Hubiera pagado por escuchar a don Arturo Alessandri, sucesor de Montaner en la prosecretaría del Ateneo, cuando hizo aquel esbozo de novela romántica, titulado "Historia de un Rayo de Luna"; Alessandri comenzó en el Ateneo los estudios feministas y de criminología en los cuales se reveló un tribuno de arrobadora elocuencia.

Las sesiones se efectuaban generalmente de 9 a 10 de la noche, en un estrecho salón del segundo piso; el local llenábase de estudiantes; don Samuel recitó allí sus primeras producciones poéticas, empapadas en las cosas del terruño.

Luego se precipitó la inútil y perjudicial Revolución de 1891, cuyo único resultado positivo fue el retroceso del país en más de medio siglo; se paralizaron las actividades literarias: los escritores en su mayoría tomaron las armas en uno u otro Ejército y se acabó la poca vida intelectual existente.

El "Club del Progreso" prolongó los trabajos después de la guerra civil, pero muy lánguidamente: En 1894 realizó la última sesión, dedicada a Francisco Bilbao, en la cual hablaron Domingo Amunátegui Solar y Alejandro Fuenzalida Grandón; don Samuel tuvo la debilidad de leer un canto lírico titulado "El Precursor", habló del rostro engañador del fanatismo al cual "cruzó" con su látigo sangriento. Le llamó "profeta", "genio". ¡Cosas del tiempo y del ambiente político reinante entonces en la capital!

Durante el primer tiempo de su estada en Santiago, el joven moró en una casa de la calle Santa Rosa; en seguida un compañero le llevó a vivir en otra de "La Cañadilla", cuyos pensionistas mantenían "La Academia Literaria Ilustración y Progreso", a la cual también fue invitado el universitario de Arauco.

En sus reuniones se habló y discutióse largamente sobre la pena de muerte.

La dueña de casa tenía varias hijas; don Samuel se enamoró de una y con tan mala suerte que por este motivo echáronle de la pensión, "no era bien visto que un enamorado viviera bajo el mismo techo de la dueña de sus pensamientos"; en jerga romántica, el galán dice con pesadumbre: "y tuve que volverme al centro de la ciudad llevando el grato recuerdo de unos bellos ojos y de una dulce boca prometedora". El poeta recibía de la niña cartas dulzonas y halagadoras, pero descubrió que eran un burdo plagio de las escritas por

Emilio Castelar en la "Hermana de Caridad" e hizo un elegante paquete y las devolvió.

Don Samuel poseía un temperamento muy sensible, no le gustaba ver sufrir: Víctor Bianchi Tupper, director de "La Libertad Electoral", le dio un empleo de reportero en el diario; tuvo que dejarlo, porque le mandaron a presenciar un fusilamiento para que hiciese la crónica, pero se desmayó en el mismo sitio, cerca del banquillo, y como consecuencia de ello cayó a la cama con fiebre alta. En la redacción de la "Revista Chile", donde se reunían, además del director de "La Libertad Electoral", Domingo Amunátegui Solar y Julio Vicuña Cifuentes; Bianchi Tupper se reía de Lillo y cuando hablábase de recoger alguna noticia decía que fuera él: "les hará una información tan completa como la que nos hacía en "La Libertad" sobre todo cuando se trata de un fusilamiento".

Santiago era en aquella época, fines del siglo XIX, una aldea colonial grande, sin ninguno de los adelantos de que ahora gozamos: En el sitio ocupado actualmente por el Teatro Santiago, funcionaba el Politeama donde actuaban compañías de zarzuelas españolas y con el nombre de "tandas" se daban piezas en un acto. La platea costaba sesenta centavos; en el costado, debajo de los palcos, había unas sillas, allí se pagaban treinta y cuarenta centavos. Durante la temporada de verano se abría el Santa Lucía. En la primera o segunda cuadra de la calle del Dieciocho estaba el Teatro Santiago, que sólo funcionaba cuando venía a la capital alguna compañía dramática, por ejemplo, la de Sara Bernard. El Teatro Municipal era la única sala de espectáculos grande, cómoda y elegante.

Los muchachos universitarios terminadas sus labores, después de la hora de comida sólo podían reunirse en algunas casas de familia donde entreteníanse en juegos, conversaciones y bailes; los que no tenían donde ir se aburrían soberanamente. A Lillo no le faltaban las invitaciones, con frecuencia visitaba las familias santiaguinas y escribía versos en los álbumes de las niñas. Por aquel tiempo contrajo matrimonio con Amantina Quezada Acharán, hermana de sus antiguos compañeros Franklin y Armando.

En 1896, con motivo del primer aniversario de la muerte del profesor Juan Schulze, el poeta leyó unos versos en el homenaje rendido al catedrático en el Salón de Honor de la Universidad. La prensa saludaba el poema como "la feliz revelación de un poeta en toda la noble acepción de la palabra".

El empleo en la Universidad, las actividades literarias y en reali-

dad su poco entusiasmo por la carrera forense alargaron los estudios de Derecho y Lillo sólo recibió el diploma de abogado en 1896.

En seguida fue designado profesor de Derecho de Minas, cátedra que desempeñó casi treinta años.

*
* *
*

Don Samuel A. Lillo deseaba unir en una sociedad literaria a todos los escritores chilenos, dispersos desde la última sesión del Antiguo Ateneo, poco antes del trágico desenlace de la Revolución de 1891.

El poeta de Arauco, en su oficina de la Universidad, conversó con Diego Dublé Urrutia, empleado allí mismo, recomendado por don Samuel, acerca de la fundación del Ateneo y en seguida comunicó la idea a Emilio Rodríguez Mendoza y a Ricardo Montaner Bello; en abril de 1899, en las reuniones del diario "La Tarde", resolvieron formar el nuevo Ateneo. Dirigiéronse, ante todo, a los principales miembros del antiguo, les pidieron su colaboración y una vez que contaron con ellos, el 19 de mayo de 1899 tuvieron la primera sesión en una "antigua casona, medio sevillana y medio colonial, ubicada en la Alameda al llegar a Estado" según gráfica expresión de Emilio Rodríguez Mendoza; en ese momento se debía elegir la persona que iba a presidir, pero como los asistentes estaban indecisos don Emilio levantó su potente voz y dijo: "Yo propongo que presida Samuel Lillo y que sirva de secretario Diego Dublé Urrutia. Ellos nos han invitado y ellos sabrán mejor que nadie exponernos sus ideas sobre el nuevo Ateneo". La aceptación fue unánime y el Ateneo comenzó su dilatada vida. Se redactó el acta fundamental y la firmaron todos los fundadores:

"Esta Institución —reza dicho documento— tiene por objeto el cultivo de las ciencias y de las Bellas Letras. En ella no habrá ideas exclusivistas, sino un ancho campo para todas las opiniones. Será como un vasto hogar en donde todos busquemos las enseñanzas y estímulos para el estudio. No necesitamos para guiarnos estatutos ni disposiciones complicadas. Probaremos el movimiento andando.

"Quedan excluidas las cuestiones políticas militantes y las religiosas". Son palabras de don Samuel A. Lillo. Tales eran los reglamentos del nuevo Ateneo, sencillos, severos, amplios, como su dignísimo Secretario Perpetuo Samuel A. Lillo, alma excepcionalmente apacible que los había redactado.

El primer directorio estaba integrado por los señores Santiago Aldunate Bascuñán, Víctor Bianchi Tupper, Paulino Alfonso, Ricardo Cabieses, el Pbro. abogado y futuro canónigo don José Eduardo Fabres, Carlos A. Gutiérrez, Jorge Huneeus Gana, Alamiro Huidobro, Eduardo Lamas, Ricardo Montaner Bello, Elías de la Cruz, Juan N. Espejo. Secretario Perpetuo, Samuel A. Lillo; prosecretario, Diego Dublé Urrutia, y tesorero, Eduardo Lamas. Como acontece siempre en nuestros países, las instituciones literarias se llenan de figuras decorativas, personajes muy cultos es cierto, pero extraños en las letras. De todos los miembros del directorio sólo había dos poetas: Lillo y Dublé Urrutia, de los otros pueden considerarse ensayistas: Paulino Alfonso y Eduardo Lamas, este último frustrado para las letras chilenas; cosa rara, el único historiador era Ricardo Montaner Bello; los demás no pasaban de ser caballeros muy cultos y distinguidos y hasta con algunos trabajos literarios, pero sin trascendencia.

La sesión inaugural efectuóse en el mismo local el 8 de mayo, presidida por el director de turno don Santiago Aldunate Bascuñán, quien declaró que el Ateneo llenaba una necesidad "sentida largo tiempo" en el país "donde reina la desmoralización política y social y en medio de una crisis de hombres y de doctrinas y en el que, sin ideales, las inteligencias jóvenes respiran el aire malsano del utilitarismo". Una solemne vulgaridad, dicha en lenguaje retórico, propio de la época y que por lo demás era aplicable a cualquier tiempo de los más diversos países del mundo.

Abundó en otras consideraciones semejantes: sobre las cuestiones por tratar que interesan al bienestar material, intelectual, moral y político de Chile; "para promover por todos los medios la afición al estudio en los jóvenes y abrirle nuevos horizontes intelectuales a esta juventud que hoy duerme en el regazo de la indolencia y del indiferentismo". No todo tiempo pasado fue mejor.

Los temas se estudiarían con el criterio científico, amplio y liberal de que tanta gala se hacía a fines del siglo pasado y comienzos del presente. Agregó que serían especial objeto de la atención del Ateneo "las ciencias sociales, políticas y morales, el individualismo y socialismo en las relaciones del Estado con los particulares y las cuestiones científicas"; finalmente manifestó que "Las Artes y las Letras tendrían también un lugar preferente, pero no se las tomaría como fin, sino como un medio de acción huyendo siempre del fetichismo de la forma y de la palabra". En realidad los políticos radicales encabezados por el señor Aldunate, convirtieron el Ateneo en propagandista

de su partido y pretendieron relegar las Bellas Letras a segundo término.

Don Marcial Martínez, también hombre de avanzada, habló para recomendar a los socios el estudio de "El Individualismo y el Socialismo; feminismo, relaciones entre el trabajo y los salarios, todo esto desde el punto de vista de la doctrina liberal individualista; y los derechos de la mujer en la familia. Finalmente bajaron las musas en la soporífera sesión inaugural: Diego Dublé Urrutia leyó su bello poema "Las Minas", "lleno de compasión y de ternura por los trabajadores de las tinieblas, — esas cuevas sin luz, en donde anida — la tisis, los forzados bastardos de la vida — empujan, arrastrando sus tesoros por el mundo". Las estrofas humanas, caritativas y justicieras valían por toda la reunión.

El Ateneo prosiguió su tarea y, como veremos en el lugar pertinente, ejerció durante veinte años grande influjo en la vida literaria chilena.



Don Samuel por su espíritu bondadoso, ecuánime, sin envidias ni reticencias, apenas sabía que un joven era aficionado a las letras procuraba ayudarlo, le presentaba en el Ateneo; a otros les dio empleo en la Universidad, donde gozaba de grande influjo y estimación; así se incorporaron a su oficina de la prorectoría y trabajaron con él, Diego Dublé Urrutia, Rafael Maluenda, Max Jara, su hermano Baldomero Lillo, Carlos Mondaca, Eduardo Barrios, que había sido alumno suyo en la Escuela Militar, y el último joven que don Samuel ocupó en la Universidad fue Milton Rossel, más tarde profesor de Castellano, crítico literario y actual director de la revista "Atenea".

En 1901, convencido Lillo de su absoluto desinterés por el ejercicio de la abogacía, ingresó al Instituto Pedagógico y estudió Castellano y Filosofía. Allí fue compañero de Carlos Mondaca; en 1904 obtuvo el título de profesor y se entregó de lleno al magisterio para el cual tenía verdadera vocación.

El maestro hacía se querer de inmediato: ya desde muy joven tenía barba cerrada e inspiraba respeto, pero su mirada aunque muy perspicaz, delataba al hombre de corazón puro, sin doblez ni hiel; era comprensivo, jamás zahería a los muchachos, imponíase sin recurrir a estridencias ni a golpes de autoridad. En los comienzos del presente siglo ya era profesor de Castellano en la Escuela Militar (1900-1913) y desde esta última fecha lo fue del Instituto Nacional; en ambos

establecimientos infundió en sus discípulos el gusto por la literatura; en la Escuela Militar fundó una Academia Literaria en la cual formó numerosas generaciones de oficiales en el gusto por las disciplinas literarias.

Es notable y característico el caso de Julio Barrenechea: En el Instituto Nacional, el profesor de Literatura Española, descubrió en el alumno del cuarto año de humanidades al futuro lírico que iba a desarraigar de la poesía nacional el caos de los ismos. El épico cantor de Arauco tuvo desde joven alma de maestro: mientras examinaba una composición con moraleja, que había pedido a sus alumnos, descubrió que Barrenechea hizo la suya en verso. Don Samuel declaró, ante todos sus discípulos, que entre ellos había un poeta, distinción que, aunque nos parezca rara, el muchacho de quince años rechazó ruborizado, lo cual le valió la enérgica reprimenda del maestro.

Los alumnos queríanle entrañablemente y nunca le olvidaron; muchos alcanzaron elevados cargos: días antes de morir tuvo la satisfacción de ver a uno de ellos elegido Presidente de la República por el Congreso Pleno. Era emocionante aquella ceremonia, efectuada durante algunos años el 13 de febrero, día de su cumpleaños, frente a la casa del poeta, en la calle Moneda: uno de sus alumnos fieles había alcanzado el grado de general y enviaba una banda para que rindiera homenaje al anciano maestro. Los ojos del viejo poeta centelleaban, y apenas podía balbucir unas cuantas palabras de agradecimiento. Para él, que desde niño amaba tanto la vida militar, ese homenaje era una verdadera remembranza.

En 1915 fue muy celebrada su designación de Prorector o Inspector General de la Universidad, cargo desde el cual, como ya vimos, impulsó las bellas letras y procuró ayudar a los jóvenes escritores.

El año 1923 jubiló como prorector de la Universidad con más de treinta y tres años de servicios. Continuó en el magisterio, y en 1924 tuvo el honor de inaugurar la cátedra de Literatura Chilena en el Instituto Pedagógico que sirvió poco más de dos años. Su alejamiento de la Universidad lo lamentaron sinceramente sus antiguos subalternos, quienes le enviaron una expresiva carta de agradecimiento; entre los firmantes aparece el nombre del escritor Milton Rossel. En 1926, al dejar la enseñanza universitaria y humanística, fue honrado con las palmas académicas de la Facultad de Humanidades y Bellas Artes, en reemplazo de don Manuel Salas Lavaqui; al año siguiente recibió idéntica distinción de la Facultad de Ciencias Sociales. En su carácter de tal, hasta poco antes de morir, concurría al Claustro Pleno; en el último a que asistió, en 1953, para elegir Rector, votó

por su antiguo discípulo Arturo Alessandri Rodríguez, abogado de los más brillantes de la República; en reconocimiento a la labor docente de don Samuel se le colocó en la terna junto con el actual Rector Juan Gómez Millas y el señor Claudio Matte, benemérito educador.

En la ancianidad añoraba su época de maestro y siempre procuró serlo de aquella juventud que permanecía junto a él.



Junto con mantener el nuevo Ateneo y dictar sus clases universitarias y humanísticas, don Samuel realizaba la obra literaria incoada en la adolescencia en las tierras de Arauco y Concepción. Por vez primera encontramos idealizadas en su poesía las figuras de los indios, de las fieras y de los cóndores. Nadie antes que él dio una visión tan exacta de las cosas del terruño. Diego Dublé Urrutia, uno de nuestros grandes valores, publicó su libro en 1899. Es un hecho histórico indiscutible que Lillo y Dublé Urrutia crearon la poesía criolla o genuinamente chilena.

En 1900 publicó su primer libro, bajo el trillado título de *Poesías*. Los temas son principalmente descriptivos, pero no falta la nota lírica; en este pequeño volumen hay también algunos asuntos araucanos, otros sobre la fauna y flora chilenas, algunas marinas y ahora se advierte en el verso la gente pobre y humilde: la poesía "Estival", publicada más tarde bajo el título de "Los Galeotes", en la cual, con sus conceptos muy atrevidos para entonces, rompe "la indiferencia culpable del ambiente cerrado y egoísta de aquellos tiempos frente a las miserias y desnudeces de las clases trabajadoras" que León XIII había condenado nueve años antes en la Encíclica "Rerum Novarum". Marcial Cabrera Guerra, escribía en la revista "Santiago Cómic" (octubre de 1900) "que los trozos líricos descriptivos no habían sido superados por ningún otro poeta, como aquel "de la selva primitiva" y para los demás espíritus delicados, unos suaves paisajes campestres y unos barcos como los de la "siega" y "la niebla" y unas firmes marinas, sonoras como olas y "penetrantes como yodos oceánicos".

A pesar de todos sus defectos, con este libro comienza en Chile la poesía original que arruinó las románticas imitaciones de los poetas franceses y españoles.

Cinco años más tarde leyó, ante el Ministro de Instrucción Pública y el Consejo Universitario, su poema "Antes y Hoy", en cuyas estro-

fas el poeta reprueba la conducta de aquellos patronos que “Temen, presa de egoísmo ciego, ahuyentar sus rebaños de inquilinos, si viene el libro, como un sol de fuego, a iluminar la noche del labriego”. Alguien calificó, en la prensa, estos versos “como las frases más valerosas, quizás las únicas que se han oído tan valientemente dichas ante un auditorio oficial”. Alberto Blest Gana, entonces en el apogeo de su merecida fama de novelista, escribió a Lillo desde París para decirle: “sus estrofas han evocado con viva luz en mi memoria mis primeras impresiones de colegio; yo pertenezco a las generaciones de “antes” y he podido, al leer los versos de U., apreciar en toda su verdad la pintura que U. hace, con poéticas imágenes de las ventajas que se encuentran en la educación de hoy”; y Menéndez Pidal lo calificó de “hermosamente escrito y altamente pensado”.

El nuevo estro poético auténticamente chileno quedó consagrado definitivamente en 1908 con la publicación del segundo libro, *Canciones de Arauco*, por el cual tuvo hasta el fin de sus días especial predilección. Esta obra hizo época en las letras hispanoamericanas: fue elogiosamente comentado por críticos y escritores en todos los diarios y revistas de la capital y provincias y en seguida connotados hombres de letras extranjeros lo celebraron también en publicaciones de sus respectivas patrias. *Canciones de Arauco* alcanzó grande éxito: por fin aparecía definitivamente en Chile la poesía original; ya no sería el nuestro, sólo un pueblo de historiadores: Lillo abre con estos poemas el fértil surco del verso criollo. El autor canta a la vieja raza aborigen y a las cosas del terruño con acentos viriles, pero tiernos. Nunca antes se había poetizado las bronceínas y robustas figuras de los indios, de las aves y de las fieras, nadie antes que él nos ofrece una visión tan exacta de las cosas auténticamente nuestras: “Canta —como escribía Fernando Santiván— a la soberbia naturaleza chilena y en sus páginas se oye a menudo el misterioso rumoreo de las selvas vírgenes, el largo rugido de los pumas, el fornido acezar de encarnizados combatientes”. Rafael Maluenda vio latir en *Canciones de Arauco*, la vida de una raza, las palpitaciones de un rincón de la tierra nativa; está impregnada su obra de una sana belleza, libre de pesimismo; toda llena de amor, es ella un trozo de la naturaleza sentido a través de su espíritu poético, un pedazo de Arauco glorioso, con sus soles, sus brisas y sus frondas”.

Eleodoro Astorquiza, crítico muy riguroso, desgraciadamente malogrado que, con razón, negó la existencia de la poesía chilena en el siglo XIX, ve aparecer en *Canciones de Arauco* el verso auténticamente original: “¡Todo esto —dice— es tan chileno! ¡Tan oliente a verde!

¡Con tanto jugo local! Todo esto es precisamente la poesía que yo llamo con el nombre de "poesía de la diuca y del queltehue, frase que explica bien esa tendencia que U. y el Sr. Dublé Urrutia encabezan, a dejarse de convencionalismos, a dejarse de pintar una naturaleza que no es la nuestra, a dejarse de hablar de "ruiseñores" en un país donde no los hay". Finalmente saludaba a Lillo como a uno de los mejores poetas que ha tenido Chile y a aquel cuya influencia está destinada a ser considerable".

Pero su consagración definitiva como poeta criollo, la recibió del máximo crítico literario, Omer Emeth, fundador de este género entre nosotros. El sacerdote francés, erudito y perspicaz exégeta de nuestra naciente literatura chilena, terció en el debate sobre *Canciones de Arauco* para refutar algunas opiniones de Astorquiza y Maluenda: aquél estimó que la poesía del cantor sureño, es puramente descriptiva; el segundo pensó lo contrario. "Lillo —dijo— se ha confesado en su obra". Omer Emeth expresó: "el poeta deja en esos versos (La Epopeya de los Cóndores y Mater) la huella no precisamente de su personalidad, sino de su visión objetiva. En vano buscamos y rebuscamos: su yo está totalmente ausente de esas páginas que llamo épicas, porque en ellas como en la "Ilíada" no es el poeta quien habla, son las cosas y los seres mismos que se traducen en palabras pictóricas y vivas".

Razón tiene E. Astorquiza: "Lillo es objetivo, es real, es vivo, como lo es la naturaleza que en sus versos se refleja con todo el esplendor de su realidad y de su vida..."

"Pero aún añadiré que, aun faltando aquellos rastros de emoción, no por eso dejarían de ser hermosas estas canciones". Para Omer Emeth, el libro, "a pesar de algunas imperfecciones materiales, es el más perfecto de los publicados no sólo en 1908, sino en varios años de la vida literaria chilena". Al crítico le llamó profundamente la atención el épico acento de chilenidad de la obra con la cual acabáronse para siempre en nuestro país, las deleznable imitaciones de los románticos españoles: "Lillo, dijo en aquella ocasión Mariano Latorre, jefe indiscutido de la escuela criollista, ha sido el creador del paisaje poético chileno. A él y a Dublé Urrutia se les debe el haber poetizado el alma panorámica del sur. Ambos, con un procedimiento antagónico, han llegado al mismo punto. Lillo es un impresionista, de brochazo rudo, pero seguro; Dublé tiene una pincelada más sabia, más cuidada".

"Esta inclusión de la tierra, a modo de decoración de los motivos líricos, tiene una importancia que no puede dejar de tomarse en

cuenta. ¿Qué era antes de Lillo y de Dublé la poesía nuestra? Una imitación demasiado literal de Herrera, de Quintana, de Núñez de Arce". La poesía de don Samuel no tenía nada de lírica, pero era nueva, de pura cepa chilena.

En esta obra están el compasivo poema sobre "El Palanquero"; "La Epopeya de los Cóndores", donde se relatan las cacerías de las terribles aves; "El Rey de Nahuelbueta", descripción patética de la fuga de los pumas, ante el avance de la civilización; "La caza del puma" poema fantástico en cuyas estrofas evoca la hermosa y temible figura del león chileno; "El último Cacique", "El triunfo de la Selva" y "En la Frontera" describen hechos bien tristes de la vida desmedrada de nuestros aborígenes.

Chile Heroico, premiado en el concurso del Centenario de 1910, es el tercer volumen de versos, publicado en 1911, y en ellos canta a los héroes de la conquista y de la Independencia. Consolidada aquí su obra genuinamente chilena y asegura la existencia de la naciente poesía nacional. "Es hermoso —decía Max Jara— saber que contamos con poetas que, como él, buscan y cultivan un arte propio, contra el cual nada podrá el tiempo". En este volumen están su "Canto a la América", "La Concepción" y "La Escolta a la Bandera", por ellos Omer Ometh le comparó con Tirteo.

Poco después obtiene dos importantes premios: uno en 1914 por su "Canto a Vasco Núñez de Balboa" en el concurso abierto por el Consejo de Instrucción Pública; el otro, dos años más tarde (1916), por el "Canto Lírico a la Lengua Castellana", en el certamen patrocinado por la Colonia Española para celebrar el tercer centenario de Cervantes; en seguida recibió la "Flor de Oro" con su "Canto Heroico a Isabel La Católica" en los Juegos Florales de la Raza convocados en Concepción.

En 1918 la Editorial dirigida por el profesor Manuel Guzmán Maturana, publicó la primera obra en prosa de don Samuel, *Literatura Chilena*, modesta recopilación de los apuntes de la clase de Literatura Chilena dictada en el Instituto Nacional, que muy aumentada y corregida llegó a tener siete ediciones; la última la hizo Nascimento en 1952. Dos de ellas fueron muy duramente vapuleadas: la de 1924 y la de 1930, esta última contenía también una Antología Contemporánea. Sobre ella cayó una verdadera descarga de críticas cual de todas más duras y apasionadas: Alone, Ricardo A. Latcham, Raúl Silva Castro y Manuel Vega, las emprendieron contra el autor en tono áspero e irónico. D. Samuel sintióse herido, él poseía un carácter manso, tranquilo y hasta entonces jamás se mezcló en polémicas

con nadie. Quiso defenderse en la prensa, pero los diarios santiaguinos le cerraron sus columnas. "El Mercurio" no aceptó disputas y, como él dice, "negó sus columnas a los dos bandos"; era una actitud hidalga e imparcial. El poeta, no satisfecho, perdió su habitual serenidad y publicó la revista "El Ateneo" a la cual nos referiremos en la parte correspondiente.

Don Samuel explica que esta Antología fue mal recibida por los críticos oficiales de los diarios y por algunos que se consideraron damnificados con ella. La juzgaron desde el punto de vista de una historia literaria sin fijarse que era una antología de carácter escolar, que sólo servía de guía a los alumnos proporcionándoles datos para sus trabajos, dejando en la mayor parte de los casos el juicio y la crítica de las producciones a cargo del profesor respectivo, después que se hubieran hecho las lecturas por los alumnos.

Con todo el respeto que nos merece la simpática personalidad de nuestro incomparable maestro y amigo, como se lo dijimos oportunamente, el libro no da a los escolares una idea cabal y objetiva de nuestra literatura; hay muchos, muchísimos nombres de más, figuran personajes literarios creados por la infinita bondad del autor, sin la más mínima significación en las letras nacionales; en cambio los verdaderos escritores, en los benévolos juicios de Lillo, no se distinguen unos de otros, todos son "admirables" y sus páginas "fuertes y sobrias". De los grandes maestros habla muy poco, casi nada: de Manuel Rojas, verbigracia, dice que es uno de "nuestros más fuertes y originales cuentistas". Don Samuel conocía como pocos la literatura vernácula, pero era demasiado generoso, no tenía carácter para ejercer la difícil e ingrata hermenéutica literaria.

Durante el año 1926, dio a luz dos libros: *Cantos Filiales* y *Bajo la Cruz del Sur*. El primero lo presentó al concurso de las Fiestas de la Raza en 1927, organizada por la Real Academia Española de la Lengua y obtuvo el Premio de la Poesía Hispanoamericana.

Mientras el poeta era laureado y aplaudido en el extranjero, aquí se le miró con desdén y muchos fingieron ignorar los honores recibidos. Contaba don Augusto Orrego Luco que en cierta ocasión preguntó a un periodista si sabía que Plaza había obtenido un brillante triunfo en la Maratón de Amsterdam y como le contestara afirmativamente, Orrego le interrogó de nuevo con ironía: "¿y sabe Ud. que nuestro poeta, Samuel Lillo, ganó hace poco en el concurso, que abrió la Real Academia Española, entre todos los poetas de América, el gran Premio de la Poesía Hispanoamericana?"

El reportero respondió que lo ignoraba y el doctor expresó enton-

ces: "Está bien que un periodista, que es escritor, sepa que un atleta chileno haya ganado con los pies un segundo premio en una carrera, pero no está bien que ignore que un poeta también chileno haya obtenido, con su cerebro, el primer premio en una maratón intelectual".

En este libro don Samuel inserta un poema a España en el cual elogia la gesta de conquistadores y la cultura legada por la Península Ibérica; en seguida vienen los cantos a la Lengua Castellana, a Vasco Núñez de Balboa, al descubrimiento de América, titulado "La Nueva Atlántida" y finalmente la "Epopéya del Estrecho". En suma, como su nombre lo dice, es un largo himno de amor filial a la tierra donde jamás se ponía el sol.

Lillo fue durante toda su existencia, gran hispanista: trabajó entusiastamente para fomentar el amor y el culto por España e impulsó la sociedad de la "Unión Iberoamericana" de la cual fue uno de sus más activos dirigentes.

Emilio Rodríguez Mendoza, compañero en la fundación del Ateneo de Santiago, entonces primer Embajador de Chile ante el Rey Alfonso XIII, comunicó oficialmente al Ministerio de Relaciones Exteriores la noticia del galardón obtenido por el poeta. En una carta, después de felicitar a su viejo amigo, a manera de posdata le escribe confidencialmente: "yo entiendo que nuestra respuesta a la altísima consagración que en la Catedral del idioma ha alcanzado Ud. debía ser su elección, allá como miembro correspondiente de la Academia Española. Siento no poder honrarme haciendo esa indicación; pero como usted sabe, yo nunca he andado ni cerca de nuestros académicos aun cuando conozco algunos tan ilustres como el amigo Laval... Esto sólo para usted como si estuviéramos conversando mano a mano, una tarde silenciosa de la calle del Brasil 552". En general los auténticos escritores, como Rodríguez Mendoza, casi siempre han estado lejos de los académicos, los que más se les aproximan son los figurones; para que don Emilio ingresara en la Corporación, el año 1952, fue necesario designar también a un sociólogo liberalizante.

El otro libro de poemas publicado en 1926, *Bajo la Cruz del Sur*, es la continuación de su obra *Canciones de Arauco*. Son los mismos poemas épico-descriptivos de estrofas sonoras y entonadas en las cuales encontramos las costumbres, los hombres, paisajes y mares de la región sureña. Por primera vez vemos en la poesía autóctona el retrato de nuestros volcanes Osorno y Calbuco; leemos también aquí el canto al "Lago Llanquihue" que es de lo mejor producido por Lillo:

*¡Oh! lago tranquilo de espuma dormida,
 como el mar tu padre, también tienes vida;
 como él tienes alma que sueña y que siente
 la dulce caricia, la cólera hirviente.
 Si el viento te besa, no son tus oleadas
 como las redondas, largas marejadas
 que semejan torsos de mujeres, suaves
 y ondeantes, que pasan rozando las naves:
 al golpe del norte, tus olas no ruedan,
 se engrisan y saltan, sus filos remedan
 las hojas enhiestas de agudas cuchillas
 que hieren las barcas en flancos y quillas.*

Hay otros poemas sobre la fauna y flora chilenas como "Los perros del mar", "La huiña", "Las toninas", "El Roce", "El Pehuén" y algunos más. Con este libro termina la obra de clarinadas épicas y redobles de tambor que caracterizó la primera época del poeta.

Bajo la Cruz del Sur no tuvo la resonancia de "Canciones de Arauco", eran otros tiempos: el panorama poético nacional había cambiado radicalmente entre los años de 1908 y 1926; en este lapso aparecieron las grandes figuras líricas que, libres de influencias extranjeras, crearon la poesía chilena: Gabriela Mistral, Jorge Hübner Bezanilla, Vicente Huidobro, Angel Cruchaga Santa María, Pablo de Rokha (Carlos Díaz Loyola), Juan Guzmán Cruchaga, Pablo Neruda y Juvencio Valle, algunos de los cuales influyeron notablemente en la renovación de la lírica hispanoamericana.

En todo caso, el numen de don Samuel, marcó un avance decisivo en la creación del verso genuinamente chileno y abrió una ancha ruta a los nuevos poetas; Julio Barrenechea, en su discurso de incorporación en la Academia de la Lengua, donde sucedió al maestro, dice: "En Samuel Lillo, que aparece en la poética chilena con un extraordinario poder descriptivo, siempre está presente la batalla, la lucha, como si en el fondo de su expresión literaria éste fuera el íntimo sentido de la vida. Son muchachos que luchan con aves de rapiña, son buitres en lucha con animales, son esos perros de pesadilla, esos perros del mar en lucha con marineros, con cazadores de ballenas, en lucha con los grandes cetáceos, o es incluso hasta en su última obra, *Primaveras de Antaño*, donde aparece la belleza de la ninfa en el lago en lucha denotando a la fiera, que atisba desde la orilla. Y lo es el hacha en lucha con la duna".

"Se ha dicho que a Ercilla le faltó la emoción de nuestro paisaje.

Podemos decir que Lillo le puso música al paisaje chileno que llegó a la poesía del país, como una fuerza primaveral, que echó a volar los cóndores en el cielo poético y en las montañas líricas animó los leones y los pumas, que movió al mar en sus estrofas y encendió en ellas el fuego de los volcanes que cubrió los campos de las verdes palabras con los árboles, las flores y las aves de Chile, que, poeta en su armadura de cristal fue traspasado por el color de la Patria”.

Sólo un poeta de la alcurnia de Barrenechea podía hacer esta interpretación tan fiel y maravillosa de la obra poética de Lillo.

En poesía el autor de *Canciones de Arauco* no hizo escuela y salvo Antonio Bórquez Solar, cuatro años menor que él, ningún chileno ha escrito después versos épico-descriptivos; sin embargo, su labor sirvió de emulación a otros cultivadores de la gaya ciencia.

En 1928 publicó el segundo libro en prosa, *Ercilla y la Araucana* dedicado a los educadores y obreros y personas que desearan conocer el primer poeta épico: “como oían los latinos las estrofas de Virgilio que cantaban la cuna de la Raza y los germanos los versos heroicos de los Nibelungos —dice Lillo— así también nosotros debemos escuchar en los días de la raza las estrofas heráldicas de Ercilla”. Trabajo con fines didácticos que comienza con la biografía de Ercilla en la cual, como él confiesa, siguió de cerca el estudio sobre “La Araucana” hecho por José Toribio Medina en 1917. Comienza Lillo por probar que la obra del poeta-soñado “es un poema épico o epopeya, porque es la narración poética, en estilo elevado, de una acción heroica, capaz de interesar a un pueblo”.

Hace una prolija exégesis del poema y finalmente da una lista de los nombres propios de la Araucana con su etimología a fin de probar que no fueron inventados por Ercilla.



A través de toda su existencia, doña Amantina Quezada Acharán fue la compañera y confidente del poeta. Lillo, hombre de vida moral integérrima, era un ejemplo para tantos católicos que alardeaban de tales. En su hogar, donde fuimos cariñosamente acogidos por aquellos días del invierno de 1925, reinaba esa paz de las viejas familias chilenas de firme raigambre cristiana. Doña Amantina presidía nuestras veladas íntimas en la biblioteca de su marido a quien animó invariablemente con admiración por su labor literaria.

Con los jóvenes, que allí nos reuníamos, la dueña de casa era

gentilísima, siempre recordaremos sus nobles prendas, su despejada inteligencia, innato señorío y modestia.

En la época que conocimos a don Samuel ya comenzaban a cargarse sus espaldas y a blanquear las negras barbas nazarenas, pero era hombre pletórico de felicidad y entusiasmo, nuevos laureles ornaron luego su frente: a fines de 1928 fue elegido miembro del número de la Academia Chilena correspondiente de la Real Española en reemplazo del clásico poeta Francisco Concha Castillo, a la cual se incorporó el 9 de junio de 1929 con un discurso en el que hizo el elogio de su antecesor y como tema de fondo trató de la formación de un Diccionario Hispanoamericano. En la Corporación fue tan activo como en el Ateneo: en 1931 pasó a ser Secretario Perpetuo, cargo que conservó hasta 1936.

Poseía entonces varias condecoraciones, entre otras la de Comendador con placa de la Real Orden de Isabel La Católica en recompensa a su ferviente espíritu hispanista y gozaba de inmenso prestigio en Chile y en el extranjero.

En los primeros días de invierno de 1931, tras larga enfermedad, doña Amantina, "su única fuente de bien y de amor", se agostó para siempre y el poeta que hasta entonces sólo había conocido la alegría, quedó triste, desolado y melancólico. Desde ese momento cesaron todas sus actividades; después de algunos meses pudo cantar de nuevo, pero no ya en octavas reales, ni endecasílabos épicos y entonados, sino en íntimas y doloridas canciones líricas.

"Fuente Secreta", publicada en 1933, inicia la nueva época en la obra poética del autor. Este es su mejor libro, cuya dedicatoria refleja su estado de ánimo: "A la memoria de la señora Amantina Quezada de Lillo, la dulce compañera de mi vida que fue rocío de mis rosas mañaneras, sol que maduró las pomas de mi huerto y lucero de serenidad en la paz de mi atardecer". El dolor descubrió otro manantial de inspiración más fecundo y romántico, de donde surgió un límpido arroyo con una corriente de espiritualidad que le acercó mucho a la fe de su niñez y primera juventud.

"La belleza del mundo exterior que cantara desde niño, ya no hablaba a mis ojos, ni a mi corazón maltratados por el dolor; pero sentía que empezaba a alzarse dentro de mí un mundo maravilloso de la existencia al cual yo apenas me había asomado inexperto y vacilante".

"Y escribí, después de muchos meses de atonía, mi libro *Fuente Secreta* que fue como un cauce recién abierto por el cual corrieron libremente las aguas salobres de mi llanto, dejando que mi corazón

se aliviara con las impresiones a la vez tristes y confortadoras de una nueva vida del espíritu que el dolor me había preparado”.

En *Fuente Secreta* evoca gratos recuerdos de aquel idilio de toda su vida que no feneció con la muerte de la esposa:

*Yo no supe nada de lo que pasó:
tan sólo recuerdo que un barco querido
con sus velas rotas,
junto a mi se hundió
con todo el tesoro
de mi corazón.
Ahora en mi retiro
al pie de la montaña,
debajo de la lámpara de mi serenidad,
ordeno mis recuerdos y fijo las imágenes
de los sucesos trágicos de aquella tempestad.
Por eso en este libro, tal como un naufragio,
las almas hallarán
lamentos y sollozos,
llamados de socorro
y, a veces, un fugaz
aliento de esperanza
perdido en el estrépito
implacable del mar.*

En estos poemas desaparece la rima de los antiguos y en todos los versos hay una encantadora sencillez que produce el ritmo y la belleza en la estrofa.

Pero, lo mejor de esta obra es el poema “Los dos retratos”, inserto en muchas antologías: en él se refiere a una fotografía de su esposa colocada en el estante de su librería:

*Pero yo tengo otro retrato escondido
dentro de mi pecho
me lo dejó ella la noche en que su alma
subió hacia el misterio.
Está pintado con nieve de nardos,
rosas de bondad,
luces de amor
y es en la noche negra de mi espíritu
un pálido sol*

*que alumbra sereno
mi camino interior.
De ambos retratos yo prefiero el que ella
puso al marcharse dentro de mí mismo,
el otro es de todos
éste es sólo mío;
nadie me mira cuando yo lo beso.
Y cuando yo haga
mi viaje postrero,
el que fue obra de un artista humano
quedará en su sitio
y éste, que es parte de mi propio espíritu se ha de ir conmigo.”*

Julio Barrenechea manifestó en solemne ocasión que en este libro: “El dolor ha transformado el sonoro clarín descriptivo, en un melancólico violín interior”.

La crítica literaria elogió sin reservas *Fuente Secreta*, todos celebraron la metamorfosis del épico en lírico; sólo una voz desentonó en ese coro de alabanzas, fue la de un hombre al cual el poeta envió su libro no para pedirle juicio público sino en calidad de amigo: El crítico, que ni siquiera es profesional, se refirió a la obra con ironía y desdén. Jamás vimos a Lillo tan triste y, a pesar de haber sido insigne perdonador de injurias, la herida producida por aquel artículo nunca cicatrizó. Entre los papeles de don Samuel, encontramos una ingeniosa semblanza literaria del escritor en referencia, en la cual lo retrata de cuerpo entero. La hizo el viejo cantor de Arauco para insertarla en una futura edición de la Literatura Chilena; el poeta era verdadero maestro en el difícil arte del breve retrato literario, desgraciadamente no explotó esta vena.

Pero no quedó solo en su viudez: alejóse del centro de la ciudad, hacia la montaña, en la comuna de Ñuñoa, para contemplar silenciosamente la vida y la imagen de doña Amantina, “la dama de sus pensamientos”. Desde entonces él, que fue siempre tan permeable al cariño, vivió mimado por los suyos. Su único hijo, las hijas y nietas, éstas llamábanle “mi’hijito”; todos vivieron preocupados de don Samuel; pocas veces hemos visto una familia entera tan unida a su padre y abuelo.

Un año después recobró la serenidad; el poeta volvió a sus antiguas andanzas literarias, con el mismo o mayor entusiasmo de los mejores años del Ateneo.

Regresó al centro de la ciudad y moró en una casona de la calle

Moneda, poco más abajo de la Avda. Brasil, allí prosiguió su labor y, en el invierno de 1938, publicó *Campanario de Humanidad*, libro de versos, podría decirse a lo divino y humano, en el cual, como él dice

*“no hay preciosismos de frases”
ni juegos de luz y color
sino ondas de roja sangre
que lanza mi corazón
en un palpar constante
de caridad y de amor.*

Son desahogos de un poeta compasivo que se conduce de la miseria y comparte la rebeldía que provoca en el hombre la injusticia social. Los romances de esta obra no ahondan odios de clases, son anhelos de paz y caridad; de mutua colaboración entre pobres y ricos; podría decirse que Lillo poetizó algunos capítulos de las encíclicas “*Rerum Navarum* y *Quadragesimo Anno*”. En estos poemas de corte clásico, sólo hay que buscar la quintaesencia del corazón de un hombre ennoblecido por el permanente ejercicio de un solo apostolado de bondad. En general en los “*Romances del Cura*”, de “*La lavandera*” y en los poemas “*La Caridad*”, “*Mensajera de Piedad*”, “*La Cruz Blanca*” y otras, asoman el sentido cristiano del amor y de la justicia social que abrigaba el sincero corazón del poeta; el libro está sintetizado en el primer romance:

*Sube ¡Oh! campanero,
sube sin temor,
frente a las ventanas
abiertas al sol
y con dulce ritmo de amor y bondad
toca las campanas de tu campanario por la humanidad.*

El éxito de la obra conmovió a don Samuel: sus amigos nos reunimos junto a él para darle nuestros parabienes en la mañana del 11 de junio de 1938. Agradeció la manifestación en tono jocoso y dijo: “Estoy cansado de oírme llamar viejo maestro, poeta venerable, reliquia de nuestra literatura y con otros epítetos más o menos pintorescos, que los jóvenes aplican, con vengativa fruición a los escritores maduros y fogueados que aún no quieren abandonar la arena del combate. Estoy resuelto a mantener mi beligerancia sin acogerme a los cuadros de reserva, listo siempre para acudir al primer llamado en defensa del arte y de la cultura”; en otra parte dijo: “yo tomo esta cari-

ñosa expresión de afecto colectivo como un estímulo reconfortante y alentador de nuevas producciones” y terminó diciendo: “y aquí estoy, por eso, arrullado por el ritmo de estos corazones amigos, sobre la playa de la serenidad, resguardadas las espaldas por las colinas de la resignación y teniendo al frente la abierta inmensidad de un mar desconocido que no me atrae ni me asusta. Y en tanto que revuelan todavía junto a mí las inquietas gaviotas del ensueño, yo trabajo y medito, sin complicaciones ni inquietudes, esperando que surja, sobre la línea azul del horizonte, la blanca vela de la barca que ha de venir a buscarme”.

El mismo año de la publicación de *Campanario de Humanidad*, Lillo cumplió medio siglo de vida literaria. Los más altos centros de cultura nacional, con excepción de la Academia de la Lengua, se unieron para honrar al poeta el 19 de diciembre de 1938.

En el salón de honor de la Casa Universitaria de Chile se dieron cita en torno suyo, presididos por el Ministro de Educación don Guillermo Correa Fuenzalida, representantes de la Universidad de Chile, de la Sociedad de Escritores de Chile, del Pen Club o Alianza de Intelectuales, Comisión Chilena de Cooperación Intelectual e Instituto de Periodistas. Le manifestaron su enhorabuena el historiador don Luis Galdames en nombre de la Universidad; Augusto D'Halmar por el Pen Club; su discípulo Julio Barrenechea por la Comisión de Cooperación Intelectual y Manuel Rojas por la Sociedad de Escritores. Era el espontáneo reconocimiento de la flor y nata de la literatura nacional. Don Samuel, abrumado por ello, agradeció a cada una de las instituciones adherentes y a sus connotados personeros. Ignoramos si otro escritor chileno ha recibido en vida un homenaje semejante.

Desde pequeño, Lillo había sido aficionado a la pintura y por aquellos años de 1938 y 1939 tomó de nuevo en sus manos los lápices de colores, dibujó innumerables bocetos de cuadros, cuyos motivos fueron solamente el árbol, el mar y el otoño. Los tonos claros, suaves y apacibles trasuntan el alma del pintor. Esos pequeños apuntes cubrían los anaqueles de la rica biblioteca de don Samuel.

En 1942 aparece *Río del Tiempo*, “escrito en su mayor parte durante una grave enfermedad que me obligó al reposo —dice él— muchos meses”. Estos poemas expresan el dolor, la esperanza y la resignación del poeta en los días angustiosos de la dolencia que le aquejaba.

Hay en estos versos un aliento vital de eternidad, un canto de esperanza:

*Llámame, pues, Señor,
aun cuando no esté lista*

*la morada que, desde tantos años,
me tienes prometida.*

*Yo he cumplido también mi compromiso
enviando para tu obra, día a día,
mis pensamientos, actos y deseos,
ensueños, goces y melancolías.*

*Ya no tengo, Señor, ni que mandarte
y mi alma fatigada de esta vida
ya no lucha ni sueña, ni a nada terrenal tampoco aspira,
sólo espera la voz de tu llamado
en el umbral de su morada en ruinas.*

Finalmente manifiesta su último anhelo de ir a dormir el sueño "postrimero bajo la heroica tierra que canté", y la segunda estrofa de este canto, síntesis de su trayectoria terrena, la destinó como epitafio para su tumba:

*Mis sueños de poeta se cumplieron,
un gajo de laurel mi frente ornó,
los perros de la envidia me mordieron
y una mujer excepcional me amó.*

Alone, que siempre mostróse refractario a la obra poética de Lillo, a propósito de este libro hizo un bello elogio del espíritu de don Samuel: "Podemos declarar concienzudamente que nunca usó sino armas de gentil hombre, sentíase paladín de una causa justa, discípulo de Ercilla y continuador de la caballería andante. Ni el lodo vil ni el veneno le correspondían. Salía a combatir lealmente en terreno permitido, y sus golpes por instinto y deber permanecieron invariablemente circunscritos a la esfera literaria".

En los primeros días de mayo de 1947, don Samuel dio a luz su último libro en prosa: *Espejo del Pasado*. Como todas sus obras, con excepción de la primera, tiene un título lleno de poesía y sugerencia. Estas páginas son sus *Memorias Literarias* o autobiografía. En ellas, de las cuales en gran parte nos hemos servido para hacer este bosquejo de la semblanza del poeta, encontramos la historia de los últimos sesenta años de la vida intelectual chilena, contada candorosamente, sin remilgos de estilo, pero con énfasis, máxime en lo referente al nuevo Ateneo que, como veremos en la última parte de este ensayo, dirigió, mantenido por Lillo, el movimiento literario chileno durante veinte años: 1899-1919

Pero hay algo más y muy importante: desde la primera hasta la última página, en esta obra, corre el agua cristalina, brotada de ese inagotable surtidor de bondad sin doblez del alma de don Samuel, no pocas veces en desmedro de la justicia: para él todos escribían bien y eran preclaros hombres de letras, como en la Historia de la Literatura, en *Espejo del Pasado* no hace diferencia entre uno y otro escritor. Enrique Heine, antes de publicar sus Memorias, tuvo que "destruir la mitad" a instancia de enojosas consideraciones de familia y parte a escrúpulos religiosos; nuestro autor no ha necesitado romper ni una sola página de las suyas, porque carecen de ese veneno de áspid tan común en obras literarias de esta clase.

Espejo del Pasado es documento fundamental para escribir la esperada Historia Literaria de Chile.

Pero el mayor homenaje de reconocimiento tributado a don Samuel fue el Premio Nacional de Literatura de 1946, otorgado el 13 de junio de 1917, a los 77 años de edad y sesenta de vida literaria.

Era el 6º Premio que se daba; los anteriores correspondieron a Augusto D'Halmar (1941); Joaquín Edwards Bello (1942); Mariano Latorre (1943), Pablo Neruda (1944) y Eduardo Barrios (1945). El jurado compuesto por Juvenal Hernández, Alberto Romero y Miguel Luis Rocuant, se hicieron eco del clamor popular que reclamaba, con insistencia, para Lillo la máxima recompensa literaria. "Vox Populi, Vox Dei"; era un anhelo nacional. Carlos Préndez Saldías fustigó a Miguel Luis Rocuant porque en un incontenible momento de sinceridad, declaró a un reportero, siendo ya miembro del jurado, que el Premio correspondía a Lillo.

El poeta guardaba cama en esos días: a las 13.30 horas del día 13 de junio recibió en su lecho la noticia y no perdió la tranquilidad: "Estoy emocionado —dijo en esos momentos— y creo que el rostro me delata". Más tarde agregó: "Cuando me comunicaron la noticia a la 1.30 de la tarde, les aseguro que la impresión y la sorpresa fueron grandes, pero no perdí la serenidad. Mi vida la he dedicado a Chile y al amor patrio".

Los primeros en llegar a abrazarle fueron los poetas Pablo Neruda y Angel Cruchaga Santa María, quienes en ese momento eran con Gabriela Mistral los más altos valores de la poesía chilena y del habla española.

El viejo maestro arropado en la cama, imperturbable y optimista sabía contener la inmensa alegría que le dominaba. El Premio aceleró la mejoría y dos o tres días más tarde abandonó el lecho.

Recibió el galardón el 21 de julio en el salón de la Universidad

de manos del Ministro de Educación don Alejandro Ríos Valdivia. En ese momento hablaron: Nicanor Parra, Eduardo Barrios y don Arturo Alessandri Palma, su amigo y compañero de la Escuela de Derecho y del Antiguo Ateneo, a la sazón Presidente del Senado, que se asoció a todos los homenajes tributados al poeta. Don Samuel, poseído de esa sincera humildad de que dio tantas pruebas en su vida, agradeció con ánimo entero y entusiasta.

Apenas se conoció la noticia del Premio, un grupo de directores del antiguo y nuevo Ateneo nos juntamos a fin de organizar una manifestación para don Samuel. Por aquellos días apareció en la prensa la invitación para un almuerzo en honor del poeta, firmada por don Arturo Alessandri Palma; único sobreviviente del antiguo Ateneo, Miguel Luis Rocuant, Diego Dublé Urrutia, Emilio Rodríguez Mendoza, Roberto Meza Fuentes y el autor de este bosquejo, en nombre del nuevo Ateneo. Muchos hablamos en ese almuerzo, sin embargo recordaremos sólo las palabras de Emilio Rodríguez Mendoza, representante de los fundadores del segundo Ateneo: Después de referirse a la vida y obra de Lillo dijo: "Ante tal existencia y tal obra, no es raro, pues, que al fin llegaran nuevos laureles para el poeta y el maestro de una sola trayectoria durante su vida ejemplar."

"Y como afortunadamente estamos en un país en que hay opinión por más que no siempre se haga sentir, el prestigioso jurado que otorgó el último Premio Nacional interpretó fiel e inteligentemente el sentimiento público al coronar la obra de Samuel Lillo. Las escuelas más dispares en materia de estética han adherido a ese fallo, refrendado por la opinión unánime, y, según mis noticias, hace pocos días, dos de nuestros más auténticos valores de extrema izquierda literaria llegaron hasta el retiro del maestro, llevándole unas rosas recién cortadas. . . ¡Hermoso homenaje que tiene algo de simbólico y de clásico!"

"Con razón sobrada, pues, los antiguos directores del Ateneo se hacen la ilusión gratísima de volver atrás en los años al celebrar como propio el triunfo del Secretario perpetuo de la noble y querida institución y estoy cierto de que "si a pesar del tiempo terco" florecieran las rosas en los jardines de invierno también las habríamos cortado para ofrendarlas en esta ocasión al poeta, al maestro y al amigo de toda una vida."

En frases elocuentes saludó a Lillo, en nombre del Sindicato de Escritores de Chile, el novelista y orador Luis Durand, que murió pocos años después sin haber logrado el Premio Nacional que tanto merecía y anhelaba; también tomó la palabra el tribuno don Arturo Alessandri Palma y el autor de este trabajo en nombre de los amigos

íntimos del poeta y de sus últimos colaboradores en el Ateneo. Diego Dublé Urrutia encontrábase mal de salud, pero envió unos festivos versos que fueron leídos:

*¡Bien mereces el triunfo... y la albacora
Y el brindis, y el caviar, y la ponchera
Que, esquina de Alameda con Bandera,
Te estás gozando y saboreando ahora...
Yo ¡ay de mí! con San Pablo en una mano.
Y Homero con la otra, pido a Dios por Lillo
Mi viejo protector y noble hermano...
Y porque de esta hazaña salga sano
Y libres su laurel y su bolsillo
De tanto roedor y tanto pillo.*

El festejado expresó su reconocimiento a los oradores e hizo recuerdos de la actuación de cada uno en las actividades políticas y literarias del país y finalmente dijo: "Ante esta espléndida manifestación, que es como un signo de la opinión de un pueblo entero, yo me siento como antiguo soldado a quien le traen sus queridos compañeros de otros tiempos las dianas del recuerdo; y mi corazón como una vieja flor que los vientos y las nieves olvidaron, se abre de nuevo ante los rayos bienhechores de amor y de bondad que hoy han caído sobre mí con tan generosa exuberancia, que siento que no pueda alargar los escasos días que me quedan, para cantar dignamente todavía los anhelos y esperanzas de mi patria, las hazañas de sus héroes, de la gloria y el trabajo y la belleza inagotable de sus mares y montañas que pusieron en mi vida los primeros chispazos luminosos de este fuego divino de la poesía que exalta y purifica los espíritus de los hombres".

El poeta recordaba con nostalgia sus cantos a la tierra, al mar, a la montaña y a los héroes y parecía retroceder hacia aquellos años felices de su juventud.

Otro de los festejos de aquellos días, y el cual vale la pena rememorar porque delata un poco a don Samuel, fue el de la Masonería. Lillo se inició en la Logia Justicia y Libertad N^o 5 el 7 de enero de 1893, a los 23 años, aunque ya en 1895 alcanzó el grado de "orador", poco después abandonó la institución; no asistió más a las reuniones como nos lo dijo innumerables veces. El poeta perdió la fe de su niñez, esa que le permitió ser acólito, y tornóse libre pensador, pero jamás fue ateo; creía firmemente en Dios y toda su obra poética está llena del pensamiento de la Divinidad aunque a veces un poco confusamente. Como fiel expresión de su amplitud de espíritu o "criterio liberal",

como él decía, no vaciló en iniciarse en la masonería, pero luego comprendió que su libertad peligraba y no supo más de los masones. Sin embargo no renunció a la logia y ésta le consideró siempre en el número de sus miembros; el 12 de julio de 1947, le invitaron a una "Reunión Blanca" en el templo, y claro que don Samuel concurrió. Allí se ejecutó el Himno Masónico de Mozart y hablaron el venerable Maestro don Jorge Tagle Montt; por los jóvenes, el Hermano Juvenal Hernández (hijo) y por la logia a la cual perteneció Lillo, el Hermano Ramón González. Don Samuel jamás comentó tal homenaje.

Las manifestaciones de todo orden no cesaron tan pronto: el propio Presidente de la República, Gabriel González Videla, le envió afectuosa carta de felicitación; el Cardenal José María Caro Rodríguez le visitó en su casa.

Don Samuel era muy humano y sencillo, desconocía las extravagancias y rarezas, por lo mismo nunca rechazó los sinceros homenajes de afecto y respeto de sus amigos y admiradores, al contrario recibíales con sumo agrado; jamás los buscó, pero tampoco los rehuyó; al recibirlos se transportaba a otro mundo más espiritual y adecuado a su ingénita bondad. El Premio infundióle ánimo: "Voy a seguir escribiendo" nos decía, y así fue: a fines del mismo año publicó a mimeógrafo, por dificultades con el editor y falta de dinero, su penúltimo libro, "Lámpara Evocadora", en cuyos sonetos advertíase que el autor continuaba su

*"trabajo sin prisa ni egoísmo
y, bajo el árbol que planté yo mismo
dejo pasar las horas de calor".*

Julio Barrenechea dijo: "Pero, en la oscuridad su espíritu infatigable como la luz, que regresa cada mañana, enciende su "Lámpara Evocadora", y remozando hacia la belleza formal, abre un abanico de sonetos perfectos, detrás del cual está su alma llena de variada y vital preocupación. Lo mismo canta la grandeza de Bolívar, la leyenda de Apolo o el latrocinio del peuco, como recuerda su tentativa plástica cuando de joven tentara la pintura, en los que él llamaba sus queridos bosquejos: "Los rojos fueron para mí el vigor; las violetas, espacio y lejanía; los flamígeros cadmios la alegría, y los velados grises el dolor". Como él dice en su soneto también llevó la poesía al dibujo.

Lleno de juveniles bríos recibió el 13 de febrero de 1950 el espléndido regalo de sus ochenta años: renováronse entonces los agasajos de meses anteriores: despertó al son de una diana ejecutada frente a su

casona de la calle Moneda por una banda del Ejército, de cuyos jefes había sido maestro. Los niños del barrio mirábanle por las ventanas de su escritorio para sonreírle. El parecía transfigurado, resplandeciente; estos festejos le confortaban. Recibió numerosos obsequios y manifestaciones, pero ninguno le conmovió más que la visita del Ministro de Educación don Manuel Rodríguez, quien le cumplimentó en nombre del Gobierno.

El, con su candor habitual no exento de esa gracia socarrona del chileno, decía: "Yo soy el niño más viejo y el viejo más niño que hay en Chile; he vivido hasta hoy sólo mis primeros 80 años".

"Con Lillo, escribió Julio César reparadoramente, se hace en su crepúsculo algo que recuerda los homenajes espontáneos de las multitudes de otras partes a sus viejas glorias literarias. Una muchedumbre se estacionaba por horas y horas todas las tardes frente a la casa de Víctor Hugo, sólo para verlo asomarse, mirar para allá y para acá, con gesto inspirado y saludar... Era casi un rito para una infinidad de fieles, en Osla, acudir a medio día frente al Club a donde acostumbraba Ibsen almorzar, sólo para ver cómo el dramaturgo de "Los Espectros" despresaba su pollo y regañaba al camarero. Esta sí que es gloria. Más efectiva y más exultante para el artista, más que el mismísimo Premio Nacional de Literatura y que todos los entorchados académicos".

Al año siguiente apareció su último libro, *Primaveras de Antaño*, y "¡Oh magia del ejercicio inagotable! cuando ya parecía cumplido el fin de una admirable jornada, le retorna toda la fresca vida, como una brisa que regresa desde un mar perdido. Y recordando "Primaveras de Antaño" las recuerda con tal fuerza que su voz tiene veinte años nuevamente, y abrir su libro de 1951 es abrir una ventana hacia un bullicioso amanecer. Hay ulmos, queltehues, choroyes, abejas, idilios, y un aligerado corazón":

*Caminando a mi lado como antaño
los sueños y el amor; y hay mujeres, amigos y estrellas,
flores en los páramos
y juventud en mi corazón.*

Pero aunque parezca una antinomia lo dicho tan bellamente por Julio Barrenechea, en esta obra postrera Lillo contempla nostálgico el pasado:

*Como las lentas gotas
de una clara vertiente,
siento caer,*

*uno a uno, mis años dulcemente
bajo la acogedora sombra de un árbol
que en mi lejana juventud planté
árbol de los amores y de las ilusiones
cuyas hondas raíces
aún viven y crecen
en lo más íntimo de mi ser...
Y hoy, desde lo alto de la vida, con que dulce emoción
vuelvo a mirar la senda recorrida.*

Las estrofas de "Gloria" "son dos gotas de sabiduría que corren como lágrimas sobre la última sonrisa del poeta" como dice Julio Barrenechea:

*El amor por la gloria es quimera.
Es la gloria una pérfida amante:
Mientras vives se aleja altanera
y te llames Verlaine o Cervantes.
Mas si mueres de hambre o desdoro,
ella acude llorando al osario
y esculpe con bronce o con oro
en el sitio que fue tu calvario.*

"Lámpara Evocadora" y "Primaveras de Antaño" son dos libros que están muy por debajo de "Fuente Secreta", en cuyas estrofas el poeta aparece en toda la ferviente intimidad del hombre amante, fidelísimo y dolorido.

A los 84 años leía sin lentes y su mayor goce era celebrar los triunfos de sus amigos escritores; su buen humor era inalterable, jamás le vimos airado: en busca del sol invernal sentábase en los bancos de la plaza Brasil, donde le rodeaban los amigos y numerosos admiradores desconocidos para él. Estimaba en todo lo que valen los nuevos poetas: Pablo Neruda, Juvencio Valle, Angel Cruchaga Santa María y Julio Barrenechea. La sorprendente actividad de Lillo nunca sufrió mengua: hasta los 86 años pensaba publicar nuevos libros, especialmente sus *Lápices de Colores*, una serie de relatos en los cuales cuenta algunas escenas de la infancia, inédito hasta hoy y no será publicado por voluntad expresa suya.

Vivía modesta y sobriamente, pero muy feliz, le entristecían solamente las mezquindades de la vida, las bajas pasiones, los odios y envidias que envenenan el ambiente de las letras nacionales; pocas veces

le vimos más adolorido que cuando los autores de las Historias literarias, injustamente, omitían su nombre y callaban el influjo del Ateneo en nuestra literatura. Continuamente nos decía: "Le encargo, Fidel, que mi sucesor en la Academia no sea uno de mis enemigos".

Al fin de sus días el varón sencillo y austero, con alma de niño, no le importaban ya "la fama apetecida ni la lisonja sonora"; él con su carácter alegre, bonachón, irónico e incisivo, pero sin herir a su prójimo, sólo aspiraba a escribir con los "Lápices de Colores" de la niñez y adolescencia el poema de su claro y jubiloso atardecer.



Como se dijo, el Ateneo inauguróse solemnemente el 8 de mayo de 1899 y desde aquella fecha, el Secretario Perpetuo desvivíase para mantenerlo. Su entusiasmo y tenacidad no ha tenido par en nuestra América Española. "Pocos hombres —decía Domingo Melfi en la Nación del 4 de agosto de 1940— más dados al estímulo que este poeta de verbo sonoro y también de íntima resonancia. Lillo tuvo para todos los que se acercaron a él, las palabras más finas y nobles de su vocabulario. A todos los tomó del brazo y los llevó con la envolvente fuerza del que se siente solitario en una carrera ingrata y poco fértil en halagos".

Esta fue la tarea realizada por don Samuel en el nuevo Ateneo: acoger y estimular a los jóvenes escritores en su vocación. A "todos los tomó del brazo" y los incorporó en el Ateneo para unirlos y crear por fin una literatura nacional, independiente de las escuelas románticas europeas.

Apenas sospechaba que en algunos de esos muchachos aficionados a las letras de la capital o de provincias, había alguna disposición para literatura, Lillo le invitaba a hacerse miembro del Ateneo a fin de estimularle en sus inclinaciones.

Fue así como después de las primeras reuniones entraron al directorio de la Institución: Joaquín Díaz Garcés, el futuro humorista y hombre de prensa, Angel Pino, Carlos Silva Vildósola, el más atildado de los periodistas de nuestro primer medio siglo y notable orador académico, y Emilio Rodríguez Mendoza, escritor polígrafo y barroco muy original. En los años siguientes ingresaron a la directiva: Manuel Magallanes Moure, Antonio Bórquez Solar, Armando Donoso, Eduardo Barrios, Guillermo Labarca Hubertson y Carlos Mondaca.

Era tal el prestigio del Ateneo que los estudiantes universitarios

saltaban las verjas de hierro de la antigua casa de la Alameda y se metían al salón para ocupar las primeras e incómodas bancas. Dublé Urrutia, desesperado, corría a defender los asientos destinados a las señoras. Esta institución fue la primera en Chile que tuvo asistencia femenina; a las sesiones del antiguo iba una que otra mujer y sólo a las muy solemnes. Diego Dublé Urrutia arreglaba el local, recibía a los invitados, y los lunes, a las 8.30 de la noche, una vez terminadas las clases de la Escuela de Derecho, llegaba al local del Ateneo con un mozo de la Universidad y hacía trasladar las bancas de las salas de clases, hasta un inmenso salón vacío que era la antigua capilla de un convento de monjas allí existente. Con las primeras cuotas se adquirieron sillas, por lo menos para las señoras.

Por aquel mismo tiempo como el Ateneo había adquirido ya renombre, los envidiosos iniciaron su campaña de desprestigio: Marcial Cabrera Guerra, director de la Revista "Pluma y Lápiz" o "Pluma y Lengua" como la llamaban los ateneístas, gozaba de grande influjo entre los escritores, continuamente ponía en ridículo a la institución y a sus miembros. Se supo que en la edición dominical aparecerían unas grotescas caricaturas de los fundadores. Diego Dublé Urrutia y Ricardo Prieto fueron a ver a Cabrera, quien era originario de Talca, muy contrahecho y al caminar pisaba violentamente con unos tacos muy altos. Prieto le dijo que iban a leerle la estrofa de un soneto escrito por Dublé Urrutia, poeta que se hizo célebre en el Ateneo, el cual sería repartido profusamente en la próxima sesión. Los versos decían así:

*Sácate ese chaleco azul marino
caballo de ajedrez endomingado
loro verde de Talca encaramado
en tacos de lechero mapochino.*

Estruendosas carcajadas saludaron los versos; Cabrera Guerra también celebró la ocurrencia, pero, "santo remedio", las caricaturas ofrecidas no salieron.

Cabrera incorporóse en seguida en el Ateneo y como periodista de "La Ley", el diario excomulgado por el Arzobispo Casanova, y de "La Vanguardia" acogió con cariño las noticias de la institución.

En aquella época se leían principalmente los autores españoles románticos y la gente se escandalizaba cuando veía pasar las primeras alumnas de Derecho de la Universidad. Los muchachos, por una natural reacción, leían a Verlaine y a Mallarmé, y los más exaltados, cuenta don Samuel en sus Memorias, "pedían en vez de la chicha rubia de

Quilicura, el verde absintio francés". El poeta Oscar Sepúlveda dejó crecer sus cabellos rubios, lucía espesa melena y proclamaba su amor por una princesa europea.

Desde sus primeras sesiones y actividades, el Ateneo promovió las lecturas de autores modernos y, a la improvisada tribuna, en la casona de la Cañada, subía cualquier aficionado: algunos hablaban contra Zola, otros impugnaban la educación moderna, pero éstos no eran los oradores más afortunados.

En su sesión del 3 de julio de 1899, el Ateneo invitó a Guillermo Blest Gana, poeta veterano de los buenos tiempos del romanticismo chileno; el público le aclamó con una ovación; él agradeció conmovido y enseguida, a petición de los asistentes, recitó su poesía: "El primer beso". En la reunión del 7 de agosto, Federico Gana leyó su cuento "Un día de campo" y poco después "La Maiga", de tendencia francamente criollista. La sala, donde abundaban los románticos habituados a leer novelas folletinescas, cuyos héroes eran príncipes y condes, silbó en su estreno al original cuentista, padre del criollismo nacional, que por vez primera hablaba en Chile de las cosas de la tierra, de sus rotos y campesinos. En la segunda actuación disminuyó la rechifla, el Ateneo en poco tiempo había formado ambiente a la literatura autóctona. Federico Gana cuando presentó "Un día de campo", al presenciar su fracaso, decía imperturbable: "¡no les decía yo que esto no iba a gustar!"

Lentamente aparecen sobre la tribuna del Ateneo los creadores de las auténticas letras chilenas: Emilio Rodríguez Mendoza, para disertar sobre las razas y el dolor en el arte; Guillermo Labarca Hubertson, el autor de "Mirando al Océano", se ocupa de Zola; Diego Dublé Urrutia lee su poema "El Caracol" y Luis Orrego Luco lleva un tema sobre "Nuestra Cuestión Internacional". Lillo recita muy frecuentemente sus poemas de las tierras sureñas. Por esos días llegó también del Golfo de Arauco, Baldomero Lillo, hermano de don Samuel, a quien éste presentó en el Ateneo y se hizo célebre con sus dramáticos cuentos sobre las Minas Chilenas.

Entrado el presente siglo figuran ya Víctor Domingo Silva, poeta de raigambre popular y Augusto Thomson, el futuro Augusto D'Halmar, ático prosista, innovador de nuestra novela, primero de tendencia tolstoyana, que después trató otros temas, raros entonces en las letras nacionales.

Los ateneístas asistían a las sesiones solemnes vestidos de rigurosa etiqueta: frac de cola corta o "smoking" y corbata blanca; las señoras llevaban polleron de encajes, escote cuadrado y moño de chapecitos.

Pero como en todas las instituciones literarias, también se colaron en el Ateneo los figurones que fueron allí a hablar de política, sociología y cuestiones económicas; sin embargo en el primer lustro de su existencia, la institución inició el movimiento para crear una literatura auténticamente chilena; como acabamos de anotar, se leyeron los primeros poemas, cuentos y novelas criollas libres de influjo extranjero; y el animador de todo esto, que sacó de su postración y vasallaje a las letras nacionales, fue Samuel A. Lillo.

De este lustro de existencia, sin duda el más prolífico de sus treinta años, porque se formó en su tribuna la nueva literatura, el Ateneo recogió en un volumen las mejores poesías y los principales trabajos de aquella abundante cosecha. "Veladas del Ateneo", libro publicado en 1906, bajo la dirección del Secretario Perpetuo, contiene, entre otras cosas, "Subsole" de Baldomero Lillo; "El Ladrón de Flores", de Víctor Domingo Silva; "Vía Crucis", de Augusto D'Halmar; "La Carreta", de Manuel Magallanes Moure; "La Torre de Santa Irenia", de Amanda Labarca Hubertson; "La Escuela de Antaño", de Samuel A. Lillo; "El Pantano", de Guillermo Labarca Hubertson; "La Maiga", de Federico Gana; "Pancho y Tomás", poemas de redención social leídos por Carlos Pezoa Véliz, de la nueva promoción de poetas chilenos; "El Agua", de Max Jara; "Animae Facies", de Rafael Maluenda; "Evangelio", de Carlos Mondaca. Se echan de menos "Las Minas" y "El Caracol", y algún otro poema de aquellos de auténtico sabor criollo, leídos por Diego Dublé Urrutia.

En 1907 ya estaban en el Ateneo Max Jara, Carlos Mondaca y Rafael Maluenda; se inician entonces: los dos primeros, en poesía, y el tercero, en novela y cuento, con su monólogo "La Sombra". Los tres, especialmente el último, alcanzaron gran notoriedad. Frecuentemente suben a la tribuna, que ya era entonces la antigua del Club de la Reforma de Francisco Bilbao. Augusto D'Halmar, Guillermo Labarca Hubertson y Manuel Magallanes Moure, quien recitó allí sus sencillas Eglogas. Poco después del centenario de 1910, llegó a Santiago Fernando Santiván, se incorporó a la institución y leyó sus cuentos y novelas empapadas en las cosas de la tierra. En 1912 se presentó al público Mariano Latorre; el novelista y cuentista comienza a leer sus trabajos descriptivos de marcado tipo chileno, que, fuera de toda discusión, habrían de darle más tarde el título de jefe del criollismo.

Finalmente en ésta, que podríamos llamar la segunda época del Ateneo, inician sus actividades: Eduardo Barrios, quien, a mediados de nuestro siglo, con su obra "Gran Señor y Raja Diablos", mezcla de novela y biografía de carácter campesino, se colocó en la primera cate-

goría de los grandes novelistas hispanoamericanos; y Pedro Prado creador de la prosa poética en Chile, cuya obra "Alsino" daría tanto renombre a las letras nacionales.

Aunque Lillo no era aficionado a la política, por relaciones de familia y amistad, tenía simpatía hacia un partido entonces de avanzada, cuyos militantes aprovecharon la tribuna del Ateneo para tratar temas de educación y se hicieron allí su plataforma.

Don Samuel invitaba al Ateneo a todos los extranjeros ilustres que visitaban nuestro país: en su cátedra hablaron Isaías Gamboa, el poeta colombiano; Federico García Sanchiz, Ramón del Valle Inclán, Jacinto Benavente y Eduardo Marquina.

En 1900 la institución abrió el primer certamen con dos temas: el 1º, Romance sobre un período de la Historia Patria, y 2º, Estudio acerca de la Vida y Obras de Manuel Antonio Matta, patriarca de aquel partido tan influyente en el Ateneo. Del primero se presentaron cinco temas y del segundo ninguno.

Había en el Ateneo dos clases de sesiones, unas solemnes que se efectuaban en el salón de honor de la Universidad y otras privadas. Entre 1900 y 1901 hubo 24 sesiones ordinarias, y una extraordinaria. Se trataron 46 temas científicos, siete de "literatura amena", trece de crítica literaria y 32 poesías.

Los socios pagaban entonces puntualmente un peso de los grandes de 18 d.; el tesorero don Eduardo Lamas, guardaba verdaderos caudales de la Corporación. En los años de 1900 y 1901 entraron \$ 841,70, se gastaron \$ 450,60. El público asistente a las sesiones en los tiempos de mayor esplendor entre 1900 y 1915 era de doscientas a trescientas personas, la mayoría profesores universitarios y secundarios.

En las obscuras y silenciosas noches santiaguinas de los primeros años del siglo, todavía con aire colonial, sólo funcionaba el Ateneo. A las once de la noche cuando terminaban sus sesiones, uno que otro "paco azul", eran los únicos transeúntes en esas calles de Dios; los ateneístas escandalizaban a los tranquilos moradores de la capital, cuyas calles céntricas eran aún inundadas en el invierno por las grandes avenidas del Mapocho; el agua corría a sus anchas por la Cañada.

Don Samuel organizaba y presidía las sesiones, él hacía los programas; determinaba la clase de sesiones ordinarias y solemnes, en ellas los autores leían de frac o "smoking" y con salón lleno; el Secretario Perpetuo mandaba las invitaciones y los párrafos a los diarios; nombraba a los directores y socios que reemplazarían a los que faltaran por una u otra causa; en fin, preocupábase de todo.

El tercer período de nuestra Sociedad, 1915-1920 es el último de su

apogeo. En esta época llegan al Ateneo otros escritores y poetas: Jorge Hübner Bezanilla, de inspiración religiosa y espiritualista; Jerónimo Lagos Lisboa, Domingo Gómez Rojas, Angel Cruchaga Santa María, Hernán Díaz Arrieta (Alone), Edgardo Garrido Merino, Lautaro García, Joaquín Edwards Bello, Marta Brunet, Roberto Meza Fuentes y Carlos Cassasus, fundador de la misma institución en Valparaíso.

El 28 de julio de 1917 se abrió un certamen literario de cuento, novela y poesía. Para los dos primeros temas el jurado estaba compuesto por Ricardo Montaner Bello, Carlos Silva Cruz y Roberto Huneeus, ninguno de los tres era juez competente; para el tema de "Poesía" el tribunal era más idóneo, lo integraban: Samuel A. Lillo, Antonio Bórquez Solar y Miguel Luis Rocuant.

En 1917 hubo una asamblea general de ateneístas, a la cual concurrieron ochenta personas, casi la totalidad de sus miembros. La mayoría eligió el siguiente directorio: Guillermo Pérez de Arce, Manuel Magallanes Moure, Miguel Luis Rocuant, Pedro Sienna, Lautaro García, Edgardo Garrido Merino, Ernesto Guzmán, Mariano Picón Salas y María Monvel; parece que fue la última reunión numerosa efectuada en el Ateneo.

Desde los primeros años de este siglo ingresaron las mujeres, la primera fue doña Matilde Brandau, después esposa de Luis Ross Mujica, leyó un trabajo en la 8ª sesión del 26 de junio de 1899, sobre la "Instrucción de la Mujer", después entraron: doña Inés Echeverría de Larraín, Graciela Sotomayor de Concha, María Monvel, Marta Brunet y otras.

Ocuparon también la ya célebre tribuna del Ateneo, otros extranjeros connotados y se rindió homenaje a algunos prestigiosos escritores y poetas hispanoamericanos que habían sido recibidos por la institución o tuvieron algún vínculo con ella o con sus directores: a Enrique Rodó y Rubén Darío, por ejemplo.

En la sesión solemne, a la cual concurrió Vicente Blasco Ibáñez, organizada por Guillermo Labarca Hubertson, a la sazón prosecretario, Carlos Mondaca y Max Jara. Este último tuvo la mala ocurrencia de hablar tan largo que a cada momento recibía una rechifla de las galerías; el público había ido a escuchar al popular novelista español y no paró en sus protestas hasta que le vio subir a la tribuna de Bilbao. Cuenta don Samuel en "Espejo del Pasado", que desde entonces "los graciosos de los diarios llamaron a nuestra querida institución el "Lateneo"; en seguida, su fundador se justifica: conste que en el regalo de este sobrenombre, que luego los éxitos crecien-

tes hicieron olvidar, no tenían ninguna parte mis "mentados figurones".

En este mismo tiempo y hasta 1930, comenzaron a fundarse Ateneos en diversas ciudades del país: Concepción, donde se congregó gente tan de pro como Ezequiel de la Barra, Luis David Cruz Ocampo, Enrique Molina e Ignacio Verdugo Cavada; Valparaíso, San Bernardo y Rancagua, integrados por escritores de menor categoría.

En 1919 el Ateneo celebró el 20º aniversario de su fundación con almuerzo en el Club de Setiembre y una velada en la Universidad, en la cual fuera de los poemas de Manuel Magallanes Moure y Jorge Hübner Bezanilla, "nihil novum sub sole", nada hubo de interés, el discurso lo pronunció uno de esos caballeros de buena voluntad que rodeaban a don Samuel.

Era el principio del fin del Ateneo: Lillo, y cuatro o cinco escritores más, pugnaban por mantenerlo, pero los "figurones" serían en parte la causa de su ruina. "Déjese de figurones don Samuel", había advertido proféticamente en esos días a su Secretario Perpetuo la inteligente Sara Hübner. En 1920, de los ochenta ateneístas inscritos en una lista de puño y letra de Lillo, sólo veinte eran legítimos escritores y poetas, los demás no pasaban de ser unos aficionados con grandes deseos de figurar en la vida literaria. Don Samuel era tenaz, perseverante y heroico en su empeño por dar vida a la sociedad que él fundó, pero las nuevas generaciones de escritores ya no engrosaban sus filas, ahora muy raleadas; así y todo, Lillo, entre los años de 1920 y 1930, en la cuarta y última época del Ateneo, preparó algunas buenas sesiones públicas, a las cuales ya no se iba de frac sino en traje de calle; un homenaje a Alberto Blest Gana en 1921, con motivo de su muerte, acaecida en París el año anterior, en el cual hablaron Ricardo Montaner Bello y Carlos Silva Vildósola, entonces de grande actualidad; dos años más tarde hubo otra velada en honor del Ministro de Educación guatemalteco Máximo Soto Hall, huésped de Chile en aquellos días; y en 1924 la institución celebró sus Bodas de Plata con un acto solemne en la Universidad de Chile. Hubo varios números de música, se escuchó el verbo atildado del erudito humanista don Julio Vicuña Cifuentes, uno de los fundadores, y el de don Samuel, quien recordó anecdóticamente el antiguo Ateneo. Leyeron poemas originales Diego Dublé Urrutia y Roberto Meza Fuentes. El programa publicado en la prensa anunciaba que recitaría un poema suyo Pablo Neruda; pero el joven poeta, cuya gloria hoy es inmensa en todo el mundo, no asistió, lo cual no dejó de ser sintomático y anuncio de mal presagio para la

institución; si Neruda concurre a la Velada y lee sus versos, el Ateneo habría recibido una inyección de vitalidad y lozanía; pero desgraciadamente a los nuevos literatos no les interesaba la vieja Corporación, se había convertido en reducto de fósiles, no obstante los esfuerzos de Lillo para rejuvenecerla. Los jóvenes querían adueñarse de ella, más don Samuel le tenía demasiado apego y cariño y nunca quiso entregarla.

A pesar del desdén de la juventud, el Ateneo tenía aún mucha fuerza y prestigio: se había anunciado una sesión solemne en el Salón de Honor de la Universidad para el 5 de septiembre, a fin de oír a uno de sus principales fundadores: Diego Dublé Urrutia, recién llegado a Chile, desde Europa, donde ejercía funciones diplomáticas. Sobrevino la Revolución Militar y ese día comenzaron en Chile los cambios fundamentales que echaron por tierra el sistema Parlamentario y el Gobierno de la aristocracia pelucona-liberal. Como si nada aconteciese, en ese momento histórico, a la misma hora en que graves políticos y altos jefes de las Fuerzas Armadas planeaban con el Presidente Arturo Alessandri Palma en la Moneda, urgentes reformas sociales y jurídicas; y los insubordinados militares jóvenes, hacían ruido de sables en las galerías del Congreso Nacional, el Ateneo, imperturbable, como si nada pasase, escuchaba la disertación de Diego Dublé Urrutia, que eufórico como de costumbre, hacía gratos recuerdos de las primeras actividades ateneístas de 1899: "Casi justicieros para el pasado, seguros del porvenir, cantábamos, creábamos, discutíamos a nuestra manera, hacíamos música, pintábamos, nos recogíamos a las 6 de la mañana, después de largas misas blancas y de ver salir el sol desde los últimos pedregales del Mapocho, movidos por el ideal común de avanzar nuestra cultura, de abrir los ojos a los ciegos, de elevar el nivel de nuestro pueblo, de vernos en nuestra raza, y en fin, de embellecer este valle, estas montañas y mares en que hemos nacido, inmortalizándonos, si ello fuera posible.

"Se discutía de todo, siendo por entonces nuestra institución la tribuna más alta y amplia que podía presenciar la mentalidad del país.

"Su verdadero fundador y constante mantenedor, Samuel Lillo, poeta heroico en lo escrito, y en el fondo dulce como un pastor de la antigua Hélade, memoria fiel, juicio ecuánime. Ante él me inclino; y a él y a sus firmes colaboradores de ayer y hoy, van con mi gratitud mis más ardientes felicitaciones; cerca de trescientas veladas públicas bastan para probar muchas cosas; y entre otras, que en

Chile, aún en el movedizo campo literario y espiritual, existen fuerzas organizadoras y caracteres constantes”.

Finalmente, hizo alusión al momento político: “Nuestro país pasa por una época de revolución profunda y hasta hoy pacífica. Inquietudes propias e inquietudes ajenas iluminan, exaltan y hasta oscurecen su alma. Mucho de lo que ahora veo lo desee vehementemente hace largos años y lo aplaudo ahora”. Se refería, sin duda, a sus versos y trabajos del Ateneo en favor de las clases obreras.

En las sesiones de los años siguientes, la Corporación recibió a Francisco Villaespesa, Arturo Capdevila y Mariano Picón Salas, el intelectual y diplomático venezolano, exilado entonces aquí, quien se refirió a “los intelectuales ante el problema de las democracias” y que más tarde dio muchos dolores de cabeza a don Samuel; a Luis Dobles Segreda, Ministro de Educación de Costa Rica, en una memorable velada, presidida por el entonces Ministro de Educación y viejo ateneísta Eduardo Barrios, y en 1928 a Gregorio Martínez Sierra, cuyo elogio hizo Antonio Bórquez Solar. El dramaturgo español habló sobre “Ofelia”, del “Hamlet”, de Shakespeare; Catalina Bárcena recitó el monólogo de “Ofelia”. Fue indiscutiblemente la última de esa larga serie de brillantes sesiones celebradas por el Ateneo en seis lustros de existencia.

Mariano Latorre, formado en la Sociedad, habló por última vez en la tribuna histórica ese mismo año de 1928, para hacer el elogio de doña Emilia Pardo Bazán, en un acto presidido por aquel dignísimo periodista y gran señor que fue don Guillermo Pérez de Arce, otro de los fundadores de la institución.

El Ateneo de Santiago fue el germen de todos los centros literarios y artísticos formados después en Santiago: hasta 1924 había ocho Ateneos; el Club de Señoras, Conferencias en las Universidades, Academia de Bellas Artes de la Universidad Católica, academias en los colegios particulares y fiscales, páginas literarias y artísticas en diarios y revistas, exposiciones de Bellas Artes, teatros; la Sociedad de Escritores de Chile, fundada por Tomás García Martínez, miembro del Ateneo, que obtuvo la creación del Premio Nacional de Literatura y los Premios Municipales; el Pen Club o Alianza de Intelectuales, cuyos fundadores fueron Pablo Neruda y Alberto Romero; la Asociación de Escritores y tantas más. Pero todas estas instituciones alejaban del Ateneo a la gente joven, porque don Samuel no quiso soltarlo jamás.

Conocimos al fundador del Ateneo cuando esta corporación comenzaba a declinar, y con nuestros mediocres trabajos contribuimos

a su extinción total. El poeta gozaba entonces (1926) de justa fama: había iniciado en la vida literaria a todos los que en aquellos días eran figuras notables de las letras nacionales. Su estímulo fue decisivo para los escritores: a los que llegaron ignorados de las provincias más lejanas, los vinculó a las actividades literarias. El Secretario Perpetuo ejercía un verdadero magisterio en las nuevas generaciones de 1899 a 1924. No es raro entonces que fuese admirado por los jóvenes. Fuimos de visita a su casa para comunicarle su designación como presidente honorario de una Academia Literaria fundada en el barrio de Providencia, pero esto era sólo pretexto para conocerlo. De inmediato nos invitó a colaborar en el Ateneo, y desde entonces le secundamos en el primer tiempo de tesorero y poco después de prosecretario.

En el hogar de don Samuel hicimos amistad con muchos de los escritores y caballeros de buena voluntad, que habían acompañado al poeta en la fundación del segundo Ateneo, entre otros con Diego Dublé Urrutia, Miguel Luis Rocuant y Julio Vicuña Cifuentes, pero ninguno de ellos colaboraba ya directamente con el Secretario Perpetuo; éramos los jóvenes de entonces, muchachos de dieciocho a veinte años, "los niños", como nos llamaba, y siguió llamándonos don Samuel hasta su muerte, a pesar de los veinticinco y treinta años transcurridos, quienes le secundábamos en la ya ímproba labor de mantener la institución.

Con los jóvenes organizó, el incansable poeta de Arauco, las últimas sesiones, aquellas en las cuales su activo y romántico fundador veía revivir la corporación, más eran espejismos, el Ateneo estaba agonizante, pertenecía a otra época, el amor inmenso de don Samuel por su obra predilecta ponía una venda sobre sus ojos. Sin embargo, recordemos las postreras veladas que son también nuestras últimas actividades en la vida secular: el 28 de abril de 1929, centenario del nacimiento del melancólico poeta Guillermo Blest Gana, la institución le rindió homenaje. Presidieron don Samuel, Antonio Bórquez Solar, Antonio Orrego Barros y algunas figuras decorativas de la corporación. Lillo, tan generoso con la juventud, hizo nuestra presentación: recordó los escasos y rudimentarios artículos publicados hasta entonces en la prensa, en frases excesivamente elogiosas. Muchos inmerecidos honores hemos recibido en el curso de nuestra vida ya ni corta ni larga, pero esas sinceras palabras de don Samuel fueron un poderoso y decisivo estímulo; jamás olvidaremos aquel momento tan significativo en nuestra labor literaria. Confesamos sencillamente, nunca, ni siquiera en nuestra incorporación en la

Academia de la Lengua, donde nos recibió un ex Presidente de la República y Presidente del Senado, sentimos emoción más intensa que aquella de nuestro estreno en el Ateneo a los 23 años. El elogio de Blest Gana resultó pobre, pobrísimo, no obstante todas las correcciones que le hizo el doctor Augusto Orrego Luco, admirador del único poeta que se salva entre la turbamulta de los románticos chilenos del siglo XIX.

Pocos días después, celebramos el 30º y último aniversario de la institución, con almuerzo en el Círculo de Periodistas y sesión pública en la Universidad, en la cual Lillo hizo recuerdos del Ateneo.

El 16 de septiembre, hubo una sesión para recibir a Emilio Rodríguez Mendoza, que venía a sentarse entre los padres conscriptos, invitado por el dictador don Carlos Ibáñez del Campo. El antiguo y brillante Embajador ante Alfonso XIII evocó rápida y claramente la trayectoria del Ateneo: "Perduraba, pues, el poblacho criollo de hace treinta años, en que el único que mantenía el fuego sagrado era este mismo Ateneo, que, como decía al empezar, engloba un largo capítulo de nuestra historia intelectual. No hay en Chile un sólo nombre notorio que desde 1899 no haya pasado por él".

"El Ateneo es algo de nuestra propia vida —proseguía— y de lo que en ésta va alejándose en la perspectiva de los años". Era naturalmente el juicio definitivo de uno de nuestros mejores escritores y diplomáticos más visionarios.

Después, los ateneístas despidieron en solemnes veladas a Pedro Prado y Víctor Domingo Silva, que salían a servir cargos diplomáticos en el extranjero; el 30 de julio, Diego Dublé Urrutia presentó al escritor hispano Angel Espinosa, fue la postrera vez que el cofundador subió a la tribuna del Ateneo.

Llegó el año 1930, en el cual efectuáronse las ocho últimas sesiones públicas de la corporación; las privadas se habían acabado por lo menos ocho años antes. Evoquemos siquiera dos de ellas: una, porque contó con notables oradores, y la otra, por traernos también recuerdos inolvidables: el escritor peruano exilado, Luis Alberto Sánchez, fue recibido el 11 de abril por Rafael Maluenda, cuya voz autorizada de orador y novelista no se escucharía de nuevo en el moribundo Ateneo. Sánchez habló del alma peruana. Pocos días más tarde reunióse de nuevo la institución para celebrar el centenario del historiador pelucón don Ramón Sotomayor Valdés. Sin tener nada que ver políticamente con Sotomayor Valdés, hicimos entonces un bosquejo de la vida y obras del más estilista de los historiadores del siglo precedente, trabajo que más logrado nos sirvió de discurso

de incorporación en la Academia Chilena de la Lengua. Ese incipiente estudio de 1930, se publicó en los "Anales de la Universidad" y después en una separata, fue muy justicieramente calificado por Alone, "como la presentación de un alumno aventajado en Academia Literaria estudiantil". Justo, ni más ni menos.

En la última sesión del 30 de noviembre, la señora Graciela Sotomayor de Concha, presentó a la escritora argentina Julia García Games, quien disertó sobre Rodó. Rezó el responso final al Ateneo difunto, el Embajador del Uruguay, don Eugenio Martínez Thedy, con sus palabras sobre el escritor de su tierra. Un chileno no habría podido sepultar la querida institución.

A pesar de todos sus defectos, aquellas reuniones fueron interesantes, porque preocuparon mucho a los críticos de entonces: unos las aplaudieron y otros las vapulearon, pero la verdad es que en torno de esas veladas hubo comentarios en los círculos literarios y docentes y lo despreciable no interesa. Para los que habíamos actuado en ellas, muchachos imberbes, esa algazara nos llenó de satisfacción, pero don Samuel sufría lo indecible.

Ya dijimos anteriormente que en esos días de 1930 Lillo publicó su Literatura con una Antología Contemporánea, la cual fue duramente criticada. El poeta manso y dulce, tornóse en aquel tiempo un incisivo polemista; fundó la revista "El Ateneo", en cuyas páginas escribió cuatro terribles artículos, para defenderse de las agresivas críticas de que fue objeto el libro.

La revista sería el órgano de publicidad del moribundo Ateneo. El Secretario Perpetuo conversó con numerosos escritores y personas aficionadas a las letras, casi todos miembros de la institución, para proponerle la idea de fundar una revista mensual de Ciencias, Letras y Bellas Artes, con el nombre de "El Ateneo".

Todos aceptamos la idea y a fines de agosto de 1930 apareció el primer número: entre los literatos fundadores, cuyos nombres figuran en el reverso de la portada, anotaremos los de Carlos Silva Vildósola, Inés Echeverría de Larraín, Armando Donoso, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Eduardo Barrios, Carlos Préndez Saldaña, Rafael Maluenda, Emilio Rodríguez Mendoza, Marta Brunet, el Padre Alfonso Escudero, Fernando Santiván y Max Jara. Su director era naturalmente don Samuel A. Lillo. Fuera de los artículos del director y de Mariano Latorre, Germán Luco Cruchaga y Antonio Bórquez Solar, los demás eran de escaso o ningún mérito.

Los trabajos que llamaron profundamente la atención fueron aquellos terribles y violentos de don Samuel, en los cuales refutó y zurró

a los cuatro críticos que habían vituperado su *Literatura y Antología Contemporánea*; además, publicó otro titulado "Guerra de Treinta Años", para enrostrar a Mariano Picón Salas su actitud agresiva contra el Ateneo, después que solicitó su presentación en esa "prestigiosa tribuna americana", como él la llamaba, según declaración de Lillo.

La respuesta al crítico de "La Nación", Hernán Díaz Arrieta (A-lone) y "Profilaxis Literaria" contra Manuel Vega (M. V.), Ricardo A. Latcham y Raúl Silva Castro, insertadas en los cuatro primeros números de la nueva publicación son juicios impulsivos, escritos por la molestia que causaron en el ánimo turbado de don Samuel las opiniones demasiado severas emitidas por esos críticos a raíz de la publicación de la *Literatura con una Antología Contemporánea*. Don Samuel salió de sus casillas y airado las emprendió contra sus rigurosos jueces literarios. El poeta era una excepción entre los del gremio, nadie le vio jamás iracundo, pero el enojo duró muy poco y no vale la pena ahondarlo más. Manuel Vega, que había sido también su discípulo en el Instituto Nacional, en el momento de la muerte de Lillo, reconoció públicamente que las nuevas generaciones, en algún período, no fueron tal vez del todo justas con don Samuel A. Lillo. "A confesión de parte, relevo de prueba".

La revista se acabó con la institución que le dio el nombre; el 59 y último número apareció muy escuálido en diciembre.

Vino en seguida (1931) la muerte de doña Amantina y el dolor terminó con la fecunda actividad del poeta y maestro.

Dos años más tarde comenzó de nuevo su labor literaria y aparecieron las obras líricas y elegíacas, ellas dependían únicamente de su nùmen en perpetua ebullición; pero el Ateneo no levantó cabeza, no era cosa personal suya, a pesar de que se le identificaba con su fundador y muchos decían: "Don Samuel y el Ateneo son una sola y misma cosa". Las nuevas generaciones volviéronle las espaldas y desgraciadamente se acabó para siempre.

Pero es indudable que, como dijo Rafael Maluenda: "El Ateneo de hace cincuenta años (ahora sesenta), fue la pila bautismal de poetas y prosistas que han dado lustre a las letras nacionales".

.....
 "Auditorio de gran cultura cuyos aplausos tenían valor consagra-
 torio"

.....
 "Samuel Lillo era más que padrino en esos bautizos literarios. Era el maestro animador. Porque de este poeta el rasgo más saliente de su espíritu fue una ingénita y estimuladora bondad."

“Se hablará de fundadores del Ateneo pero Samuel fue su animador y con ello con esa siempre alerta generosidad para servir sus actividades fue en un período literario de singular e indiscutible significación en nuestras letras, el factor preponderante de su desenvolvimiento. Ha podido no tener como poeta, discípulos. Su estro poético pudo no hacer escuela. Pero su labor de verdadero maestro por sus nobles condiciones de carácter, de sensibilidad, de amor a la belleza y de comprensión generosa, fue el alma de una época en que, desde la tribuna del Ateneo, las ideas hermocebaban a los escritores y aún no habían irrumpido las ideologías para distanciarlas. En el Ateneo se echaron las simientes de la creación literaria para fecundar el campo nativo”.

A este juicio decisivo, sereno e imparcial, agreguemos el de Alone, en el cual expresa “que el Ateneo fue aquí el templo de la iniciación literaria”, y era don Samuel Lillo, quien admitía a los jóvenes en el culto de los placeres estéticos.

Casi todos los escritores santiaguinos y provincianos hemos sido discípulos de Lillo y recibimos en el Ateneo el espaldarazo en la carrera de las letras. Cual más, cual menos, debemos algo a tan generoso poeta y desinteresado amigo. El Secretario Perpetuo de la institución ejerció un verdadero magisterio en las nuevas generaciones literarias. No se puede hablar del Ateneo, sin nombrar al escritor que le dio vida y lo mantuvo.

Don Samuel recordaba siempre con nostalgia a su querido Ateneo y a medida que al golpe del tiempo iban doblándose sus recias espaldas, el viejo cantor de Arauco añoraba más y más al hijo predilecto.

En sus últimos años todos le rodeamos con el mayor cariño: sus discípulos fieles y aquellos que un día negaron sus atributos de poeta y maestro, rindiéronle el homenaje reverente de admiración y gratitud por la obra realizada. Cuando cumplió 85 años, Manuel Vega le saludó con un artículo cordial, reparador y penitente.

Con inalterable alegría y buen humor, pasó los últimos días sentado junto a la ventana de su biblioteca de la calle Moneda, solícitamente cuidado por sus hijas.

Como el varón justo, conoció su muerte y la esperó con envidiable serenidad: “Fidel, éste es el último año de mi vida, venga a verme seguido”, nos dijo en los comienzos del año 1958. “Este año me muero, me siento mal, nunca había estado así”, repetía con frecuencia don Samuel. En los primeros días de octubre, cuando se postró en el lecho, nos manifestaba: “es mi última enfermedad, no le decía yo, en este mes me voy”. Tres días antes de morir, sin demostrar la

menor inquietud, nos expresó: "será la última vez que hablemos, me siento muy mal, la próxima que venga ya no podré conversar, apenas le oiré, cuénteme ahora todo, las últimas novedades". Hizo continuas manifestaciones de su fe en Dios y en la eternidad y pidió que en sus funerales no se hiciese la cadena masónica. Todo lo dispuso tranquilamente.

Acabó sus días tan feliz como había vivido, mimado por los suyos y sinceramente querido por sus amigos y antiguos adversarios. Murió en la madrugada del 19 de octubre de 1958. En sus funerales hablaron dos de los escritores que más le criticaron y a quienes él atacó violentamente en su "Profilaxis Literaria".

Fue un verdadero homenaje de reconocimiento al gran poeta y único maestro de las letras nacionales durante el siglo xx.

Tal como lo dispuso, en su tumba se leen aquellos versos que sintetizan su vida:

*Mis sueños de poeta se cumplieron,
un gajo de laurel mi frente ornó
los perros de la envidia me mordieron
y una mujer excepcional me amó.*

Santiago, 31 de mayo de 1962.

B I B L I O G R A F I A

*Las citas que aparecen en este ensayo han sido tomadas de los libros de don Samuel A. Lillo, de otras obras chilenas y de numerosos artículos publicados en diarios y revistas del país y del extranjero, entre los años de 1887 y 1958.

O B R A S D E D O N S A M U E L A. L I L L O

- | | |
|--|--|
| <i>Poesías.</i> 900. | rales de Tucumán (Rep. Argentina). |
| <i>Antes y hoy.</i> Poema. 1905. | |
| <i>Canciones de Arauco.</i> 1908. 5. Ed. 1940. | <i>Canto a Vasco Núñez de Balboa.</i> 1914. Primer Premio en los Juegos Florales Cervantinos de Valparaíso. |
| <i>Chile heroico.</i> 1911. 2. Ed. 1917. | <i>A Isabel la Católica.</i> Canto Heroico premiado con la Flor de Oro en los Juegos Florales de la Raza (Concepción. 1916). |
| <i>La Concepción.</i> Poema. 1911. 2. Ed. 1911. | <i>Bajo la cruz del sur.</i> Poemas. 1926. |
| <i>La escolta de la bandera.</i> Poema. 1912. | |
| <i>Canto a la América Latina.</i> 1913. Primer Premio en los Juegos Flo- | |

Cantos filiales. 1926. Premio de la Poesía Hispanoamericana, otorgado por la Real Academia Española, en 1927.

Fuente secreta. Poesías Líricas, 1933. *Campanario de humanidad*. Poemas y Romances. 1938.

El río del tiempo. Poesías líricas. 1942.

Lámpara evocadora. Sonetos. 1949. *Primaveras de antaño*. Poemas y romances. 1951.

PROSA

Literatura chilena. 1918. 7. Ed. 1952. *Ercilla y la Araucana*. 1928.

Las academias hispanoamericanas y el mantenimiento de la unidad del castellano. 1929.

Luis Orrego Luco. 1940. *Miguel Luis Rocuant*. 1944. Discursos de Recepción en la Academia Chilena de la Lengua.

Espejo del pasado. *Memorias Literarias*. 1947.

Hugo Montes-Julio Orlandi. *Historia de la Literatura Chilena*. Ed. 1956.

Raúl Silva Castro. *Panorama Literario de Chile*. 1961.

Alone. *Hernán Díaz Arrieta*. *Historia Personal de la Literatura Chilena*. 1961. 2/Ed.